

San José, Costa Rica 1927 Sábado 3 de Setiembre

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

**SUMARIO:** Dollar Diplomacy. *Diplomacia del Dólar*, por Carlos E. Restrepo.—*Tiránias de la América Latina*, por Max. Jiménez.—*Los yanquis nos alumbrarán*, por Ricardo Esquivel.—*Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica*, por Guillermo de Torre.—*Las obras de Miró*, por E. Gómez de Baquero.—*José Enrique Rodó y sus críticas*, por Francisco Contreras.—*Mi Don Francisco Giner (2)*, por José Pijoán.—*El movimiento femenino en América*, por Ciro Mendía.—*Impresiones de México*, por Rafael Estrada.

EN el prefacio del libro que los ciudadanos norteamericanos Scott Nearing y José Freeman han publicado con aquel nombre, advierten que es su propósito indicar hasta dónde los Estados Unidos han llevado la política imperialista, y sugerir las características más salientes de la política exterior de su país.

Y lo cumplen con nimia escrupulosidad, citando nombres, fechas, documentos — muchos de ellos oficiales — y acopiando números y mapas para la más clara inteligencia de los asuntos tratados. Y son tales la imparcialidad y franqueza con que hablan los autores del Norte, que el lector latino queda, a veces, desconcertado.

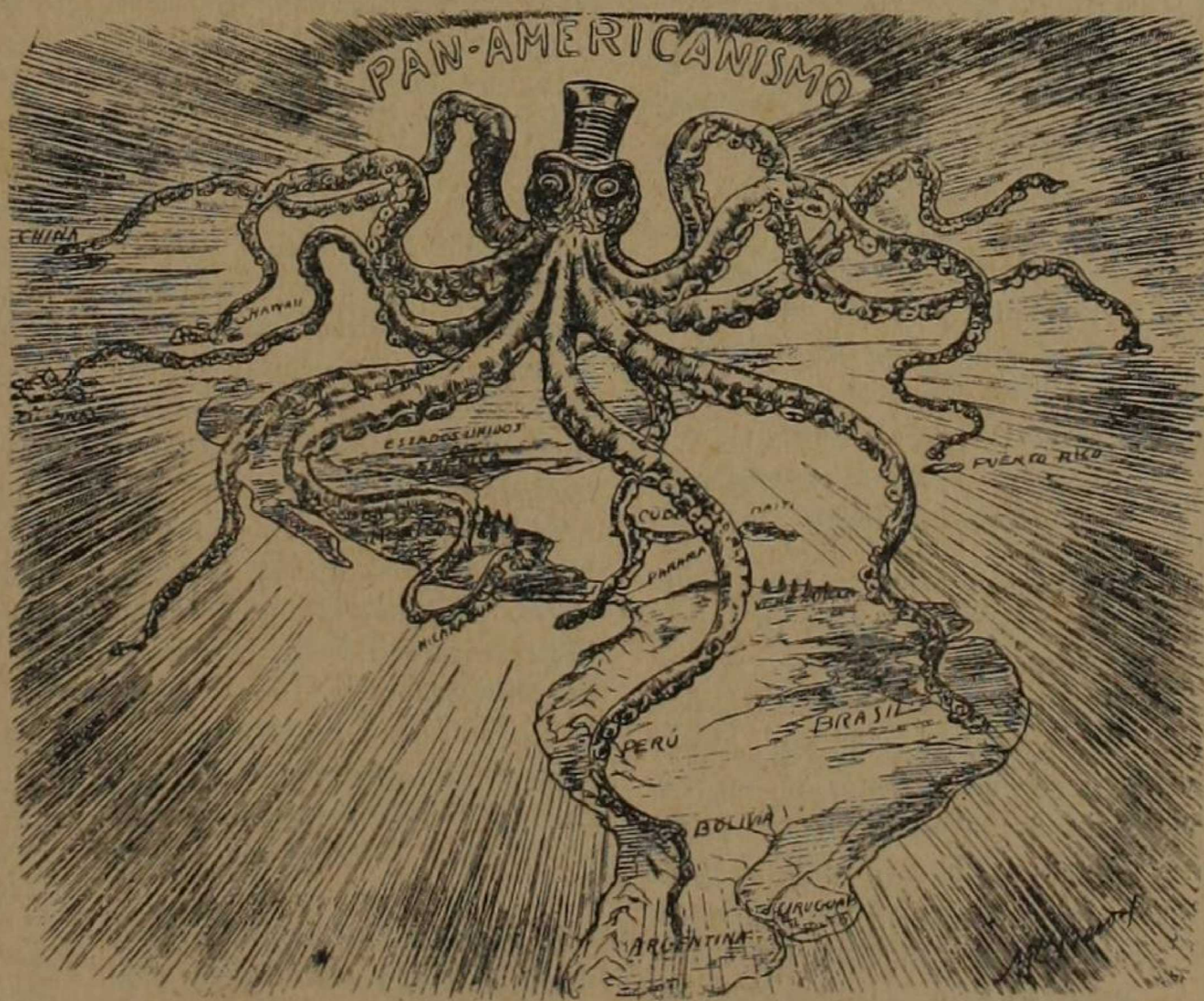
Creemos de suma importancia para nosotros los centro y suramericanos—y aun de absoluta necesidad—el conocimiento exacto de la política de los Estados Unidos para con nosotros, de sus causas, móviles, procedimientos y fines, fines que aún no han terminado, y cuyo enigma guarda el porvenir. ¿Cómo no ha de interesarnos ese conocimiento, si en la tremenda expansión nacionalista de aquella gran potencia, ella obra por activa y somos nosotros los pacientes?

Con tal fin hacemos un extracto del libro de los señores Scott y Nearing, con la mayor fidelidad posible, ciñéndonos muchas veces a su relación textual, y dejándolos pensar, discurrir y censurar a ellos.

## Dollar Diplomacy Diplomacia del Dólar

Por

Carlos E. Restrepo,  
ex-presidente de Colombia



Dibujo de Nicolás Isidro Bardas

Lejos está de nosotros cualquier sentimiento de odio o agresión contra los Estados Unidos. Mal podríamos abrigarlo cuando mantenemos estas convicciones: el odio a cualquier colectividad es un error, porque no hay agrupaciones totalmente malas. En el caso particular de los Estados Unidos, la justicia pide que se declare que abundan allá ciudadanos y asociaciones ejem-

plares que no sólo honran a su patria sino a la humanidad; en estos mismos momentos se forman respetables comités para trabajar contra el imperialismo de su país, y grandes rotativos se ponen de parte de las repúblicas hispanoamericanas. Fuera de que, no pocas veces, pensamos que el imperialismo de las grandes potencias, más que a la voluntad de los hombres, obedece

a leyes sociológicas que se cumplen con la misma ceguera que las naturales, como, por ejemplo, la expansión de los gases.

Ni la historia ni la posición geográfica ni las necesidades comerciales ni otras numerosas y fuertes consideraciones nos permiten darnos el lujo de vivir en un espléndido aislamiento, mucho menos con la Unión Americana, a la que estamos ligados aún por vínculos económicos irrompibles e irrenunciables.

Ella nos necesita y nosotros la necesitamos.

Pero ya que, de grado o por fuerza, hemos de cultivar relaciones, menester es que, por ambas partes, juguemos un *fair play*. La base primera de este juego limpio, es que nos conozcamos, y así sabremos qué debemos esperar, qué podemos temer y qué logramos evitar.

A ese conocimiento contribuyen estas páginas, dictadas por dos connacionales de la Diplomacia del Dólar.

### Expansión y penetración.

—Al estudiar las consecuencias políticas del imperialismo económico, asienten como verdad adquirida por experiencia que las actividades económicas se reflejan, más tarde o más temprano, en el terreno político, y establecen esta gradación implacable: primero emigra el capital americano sin complicaciones políticas, como ha ocurrido con el Canadá; en

seguida el capital, al emigrar a países extranjeros, exige la intervención oficial, y la exigencia se hace en nombre de concesiones adquiridas, de contratos con banqueros, etc.

[BOLIVIA.—Este país es un ejemplo de aquella zona intermedia entre la emigración pacífica del capital americano y el control político de los banqueros.

Es un caso típico, y enseña mucho, el de esta simpática hermana del Sur.

En 1922 contrató el gobierno de Bolivia un empréstito por treinta y tres millones de pesos con varios bancos de los Estados Unidos. Según los términos del contrato, los prestatarios pagan un 10 por 100 anual sobre el total de la emisión de bonos, por instalamentos mensuales.

Los banqueros administran el empréstito; y el contrato da el control del Banco Nacional de Bolivia a los mismos administradores, pone en manos de los banqueros la propiedad y los productos de algunos ferrocarriles nacionales, y además, las rentas de la república.

Para la administración del empréstito se nombra una comisión fiscal permanente de tres miembros; el nombramiento lo hace el presidente de la república; pero dos de los tres comisionados se nombrarán a propuesta de los banqueros; y estos dos miembros pueden ser removidos en cualquier tiempo a propuesta de los banqueros. La comisión obra por mayoría de votos, y su presidente será siempre uno de los miembros elegidos por intermedio de los banqueros.

De este modo, la comisión fiscal tiene la llave de la vida económica de Bolivia, y son los banqueros los que controlan la comisión.

**Penetración económica e intervención política.**—La influencia del capital americano y la participación de sus dueños en la política local, trae una intervención activa en los negocios internos de los países extranjeros. Tal ha sido el caso de Méjico, donde la intervención ha tomado la forma de aliento y subsidios para las guerras civiles.

Donde los capitalistas del Norte no obtienen un tratamiento satisfactorio de las au-

toridades locales, apelan al gobierno de Estados Unidos para que los apoye. En casos numerosos, las fuerzas armadas de los Estados Unidos han intervenido en los asuntos internos de otras naciones, como en Haití, Santo Domingo y Nicaragua<sup>1</sup>.

Finalmente, cuando el país intervenido ha tenido que aceptar el control americano, cesa la ocupación militar, y entonces se completa la conquista por la ocupación permanente o por la compra del territorio invadido, sin consultar la voluntad de los nacionales, y entra a funcionar la soberanía norteamericana (Filipinas, Islas Vírgenes).

Los autores llegan a conclusiones tan nítidas como ésta: «La penetración económica pacífica — que es la cuña que abre el imperialismo — resulta de la emigración del capital». «No hay (agregan) una línea que separe la penetración económica y la intervención política. Las prácticas actuales del imperialismo apelan al gobierno *para proteger la vida y las propiedades de los compatriotas*. Por consiguiente, cuando una nación como los Estados Unidos llega a una situación en que las propiedades de sus nacionales adquieren importancia económica en el exterior, la política proteccionista de estos intereses se sigue como consecuencia ineludible».

PANAMÁ.—Los señores Nearing y Freeman relatan luego, con bastante exactitud e imparcialidad, el doloroso incidente de Panamá; por ello y por ser bien conocido en Colombia, pasamos sobre él como por sobre brasas, recordando sólo esta frase de Roosevelt: «Es una tontería perseguir un fin y condenar, al mismo tiempo, los únicos medios que conducen a ese fin». «La doctrina de que el fin justifica los medios no fué nunca más enfáticamente proclamada», comentan los autores del libro.

Y tomamos esta sentencia pronunciada por el profesor Paul L. Hawort sobre los mismos sucesos de Panamá: «Nuestro gobierno se apresu-

<sup>1</sup> Esta afirmación la hacen los autores en 1926, antes de la actual escandalosa intervención armada en Nicaragua.

ró a recibir ese obsequio de los dioses».

Hé aquí de cuerpo entero, a dos profesores de moral... de moral internacional.

MÉJICO.—Medió una conversación culminante y en extremo significativa, narrada por el prominente coronel House como testigo presencial, entre sir William Tirrel, secretario del conde Gray, ministro inglés de relaciones exteriores, y el presidente Wilson, otro profesor de moral cuáquera:

—Cuando yo vuelva a Inglaterra —dijo el secretario al presidente Wilson— se me pedirá que explique vuestra conducta en Méjico. ¿Puede decirme su excelencia?

El presidente Wilson lo miró fijamente y le replicó del modo más decisivo:

—*Voy a enseñar a las repúblicas de Suramérica a que elijan buenos presidentes.*

—Muy bien—replicó sir William;—pero, señor presidente, yo tengo que explicar todo esto a los ingleses que, se sabe, tienen poca imaginación y no saben distinguir entre Huerta, Carranza y Villa.

—Carranza es el mejor de los tres, y Villa no es tan malo como lo pintan.

Aquí tenemos, pues, sentada oficial y autorizadamente la doctrina constitucional de que a los presidentes de la América del Sur no los elijan sus pueblos respectivos sino los presidentes de los Estados Unidos, y que para éstos es bueno cualquier Pancho Villa. Esta ampliación de la doctrina Monroe es la que a estas horas se aplica en Nicaragua.

El 21 de abril de 1914, fuerzas marinas norteamericanas al mando del almirante Fletcher, tomaron a Veracruz, con pérdida de 17 individuos de su parte, y con la de 200 hombres, mujeres y niños mejicanos; además, aquéllos se apoderaron de la tesorería general, las aduanas, los tribunales civiles y de las oficinas de correos.

Tan grave atentado se originó con tres pretextos fútiles:

Consistió el primero en que unos marinos americanos, sin permiso ni anuncio previo, desembarcaron en Tampico, donde guerreaban fuerzas de Huerta y de Carranza, y un oficial mejicano que los vió los detuvo momentáneamente

para averiguar qué pasaba. Puesto el hecho en conocimiento del jefe superior, libertó a los marinos inmediatamente y castigó al oficial mejicano.

El gobierno de los Estados Unidos formó grave escándalo por este arresto momentáneo, exigió serias reparaciones, para acabar por declarar que casi lo había olvidado (*was quite in the background*); y la americana señora O'Shaughnessy, calificando el mismo incidente, escribía a la embajada de los Estados Unidos en Méjico: «Estamos destruyendo este pueblo, que ya no puede más, y abusando de su debilidad».

El otro incidente fue el arresto también momentáneo, en Veracruz, de un ordenanza norteamericano, uniformado, que conducía valijas de correo por las calles de la ciudad. El incidente pareció cerrado, previas excusas del gobierno de Méjico y del castigo del militar que ejecutó el arresto. El almirante Fletcher no dió al caso ninguna importancia.

El tercero fue que un mejicano sustrajo un despacho cablegráfico de la embajada norteamericana en Méjico. Este incidente pasó al principio inadvertido.

Pero luego el presidente Wilson llamó «crímenes odiosos» a esas bagatelas, y acabó por tomar a Veracruz, con los resultados sangrientos que se han dicho. Al pedir autorización al congreso para proceder por las armas, «falseó los hechos», dicen los autores citados, y habló de «usar la fuerza armada de los Estados Unidos... para que se reconocieran sus derechos y dignidad».

Pero, en el fondo de todo esto, lo que había y lo que hubo fue «la eliminación de Huerta, de cualquier modo», como lo dijo el mismo Wilson posteriormente en un mensaje oficial; esto es, la aplicación del programa de «enseñar a elegir buenos presidentes».

*Dollar Diplomacy* analiza largamente los complicados negocios de petróleos, en lo que han afectado las relaciones exteriores de Méjico.

Mr. Doheny, en una declaración que rindió ante el senado de los Estados Unidos, puso en claro que Huerta fué combatido y Carranza defendido, no sólo por el gobierno de la

Unión sino también por los petroleros de los Estados Unidos.

Y fué lo curioso y lo desagraciado para Méjico, que mientras los Estados Unidos apoyaban a Carranza, Inglaterra sostenía a Huerta, vendiendo grandes cantidades de bonos de este gobierno.

El apoyo de los Estados Unidos a Carranza no fué platónico: Mr. Doheny giró a favor de un representante de Carranza un cheque por \$ 100.000, y le aseguraba combustible de petróleo por valor de \$ 685.000; en tanto que la Huastica Petroleum Company pagaba otro cheque misterioso de \$ 3.466 a favor del doctor Tupper, activo abogado de Carranza.

El mismo Mr. Doheny asegura que las compañías de petróleo que actuaban en Méjico rehusaban cumplir los decretos de este gobierno «con el consentimiento, aprobación y por sugestión del departamento de estado de los Estados Unidos».

**Santo Domingo.**—Desde la presidencia del general Grant se predijo el futuro destino de Santo Domingo; aquél declaró en un mensaje que «la adquisición de Santo Domingo era deseable por su posición geográfica. La isla domina la entrada del Caribe y el Istmo que sirve de tránsito al comercio».

No se necesitaba más.

En 1893 la Santo Domingo Improvement Co., radicada en Nueva York, compró a una compañía danesa una deuda de libras 170.000, por préstamo que había hecho al gobierno dominicano, con derecho a coleccionar las entradas de las aduanas; y después de varias maniobras, presididas por la fuerza, en 1905, adquirió el gobierno norteamericano el control de las aduanas y la administración de la hacienda pública. Roosevelt presidió la expoliación contra el parecer del senado de los Estados Unidos.

Como era de esperarse, del dominio fiscal se pasó a la conquista armada, y el 4 de mayo de 1916 los marinos americanos desembarcaron en la ciudad de Santo Domingo, estableciéndose así una dictadura militar en la isla, que duró hasta 1924.

Esta dictadura «suprimió el gobierno dominicano, tomó el tesoro nacional, anuló el congreso, prohibió las elecciones, regó a los marinos por el te-

rritorio de la isla con poderes ilimitados sobre los naturales... se arrojaron bombas destructoras sobre las ciudades y las chozas; se quemaron casas; se dió muerte a los nativos después de torturarlos cruelmente... Si protestaban, se les multaba o aprisionaba, y si intentaban alguna defensa o resistencia, se apelaba a las balas o a las bayonetas...» (*U. S. Investigaciones sobre Haití*).

Primero Wilson y después Harding, propusieron la evacuación de la isla, si Santo Domingo ratificaba todos los actos de la administración militar americana, confiaba el comando del ejército a oficiales americanos y aceptaba los empréstitos que el gobierno usurpador había hecho a su nombre y por los cuales Santo Domingo paga intereses del 9 al 19 por ciento. En junio de 1926 la república dominicana ratificó el tratado que se le impuso, concediéndosele una independencia parcial, pero que la convierte en un protectorado de los Estados Unidos.

**HAITÍ.**—La invasión militar de este país y su efectivo protectorado, se verificó por la acción conjunta de la política y las finanzas norteamericanas.

Un dictamen de veinticuatro abogados norteamericanos, muy distinguidos, hace constar que «Haití fué un Estado soberano, bajo la forma republicana de gobierno, de 1804—cuando ganó su independencia de Francia—hasta 1915, cuando los Estados Unidos lo obligaron a firmar un tratado, aun en forma más drástica que la usada con Santo Domingo... Las inversiones de extranjeros siempre se respetaron, y los intereses de la deuda externa se pagaron escrupulosamente. Sus relaciones con los otros gobiernos siempre han estado libres de censura. Nunca ha manifestado hostilidad para con los Estados Unidos y nunca nos ha dado motivo para que intervengamos en sus asuntos». (*Forcing Policy Association—Toma de Haití*).

En Haití se organizó el Banco Nacional de la República por banqueros franceses. Por instigaciones de los Secretarios de Estado Knox y Bryan (este último bajo la administración Wilson) el National City Bank de New York compró ese Banco, y desde entonces se definió en Haití la «diplomacia del dólar». De 1914 a 1915 el de-

partamento de Estado intentó por seis ocasiones tomar el control de las aduanas, pretextando disturbios internos de carácter político.

El mismo departamento de Estado propuso al Presidente Zamor, de Haití, que lo sostendría en el gobierno si ponía las aduanas de la república bajo la administración de los Estados Unidos; el Presidente rehusó comprometer así la independencia de su patria y se retiró del poder; otro tanto hizo el Presidente a quien se eligió en seguida.

«Una semana más tarde desembarcó en Puerto Príncipe un contingente de marinos norteamericanos, se fué a las bóvedas del Banco Nacional de Haití y en plena luz meridiana sacó por la fuerza \$ 500.000 y se los llevó en el buque de guerra *Machias*. El dinero fué transportado a Nueva York y depositado en las bóvedas del National City Bank. El dinero era propiedad del gobierno de Haití y estaba destinado para la amortización del papel moneda. Haití protestó contra la violación de su soberanía y de sus derechos de propiedad, y pidió explicaciones. Jamás le fueron dadas. (*Current History Magazine* v. 15 p. 886).

Mr. Roger L. Farnham, vicepresidente del National City Bank, declaró ante el senado americano que este *raid* había sido arreglado entre el departamento de Estado y el National City Bank.

Prosiguiendo su política, los Estados Unidos enviaron a Haití al almirante Caperton con fuerza suficiente para imponer un tratado a su amaño y un presidente que les entregara las aduanas: éste fué hallado en la persona de Sudre Dartiguenave, a quien Caperton impuso en agosto de 1915.

«Para que no haya campo a la menor duda—cablegrafió el Departamento de Estado al Ministro de los Estados Unidos en Puerto Príncipe—haga saber claramente al candidato, y antes de su elección, que los Estados Unidos esperan tener el control práctico de las aduanas y el dominio fiscal suficiente, a su juicio, de los negocios de Haití, para hacer una administración eficiente... Los Estados Unidos sostendrán al gobierno así elegido, por el tiempo que se necesite». (*Investigación sobre Haití*,

p. 315 y *Relaciones exteriores*, 1915, pp. 479-480).

El día de la elección de Dartiguenave, los marinos americanos custodiaron las puertas de la legislatura y el jefe de Estado Mayor del almirante Caperton se paseaba entre los congresistas.

El congreso y el pueblo de Haití se resistían a aceptar el humillante tratado que les dictaban los Estados Unidos, y entonces el Presidente Dartiguenave quiso renunciar, pero el almirante Caperton, de acuerdo con el departamento de Estado, declaró que en tal caso se establecería un gobierno militar.

En septiembre de 1915 las fuerzas del almirante dominaban completamente a Haití, custodiando las ciudades principales, coleccionando y gastando todas las rentas y no entregando nada al gobierno haitiano.

Mediante esta presión, no se permitió que el presidente se retirara y se forzó al senado a aprobar el tratado, el 11 de noviembre de 1915.

El artículo 2.º del tratado impuesto dispone que el presidente de Haití designe un tesorero general nombrado por el presidente de los Estados Unidos, y que del mismo modo se nombre un consejero financiero.

Mr. Farnham, del National City Bank, indicó al presidente Wilson que nombrara como consejero al señor John Avery Mc Ilheny, y así se completó la conquista de Haití por el National City Bank, el cual vino a quedar con el monopolio de la vida fiscal de Haití. Los naturales, los europeos y algunos americanos protestaron, pero en vano.

A medida que el consejero financiero remachaba el control económico de Haití, las autoridades militares apresuraban el político.

«Se han hecho cargos de brutalidad a la ocupación estadounidense de Haití. Los marinos americanos dieron muerte a cerca de 3.000 haitianos, prácticamente indefensos», dice un testigo, Mr. Johnson, y el informe del cuerpo de marina americana los hace subir a 3.250... «La *coñea* o «ley de caminos» dispuso que todo haitiano trabajase cierto número de días en los caminos públicos o pagase cierta suma de dinero para conservarlos... La ocupación tomaba hombres don-

de los encontraba y ningún haitiano hábil quedaba libre de tales *raids*, que se parecían mucho a las incursiones *negreras* hechas en África en los tiempos pasados. Fué una verdadera esclavitud, aunque temporal. De día o de noche, desde el asilo de sus familias, de las cabañas, de los caminos por donde transitaban pacíficamente, los haitianos eran reclutados por la fuerza y obligados a trabajar durante meses en los caminos nacionales. Los que protestaban o resistían eran flagelados hasta someterlos. Los que intentaban escapar, eran fusilados». (*Johnson*, p. 13).

Estas atrocidades fueron ocasionadas por una pequeña revuelta que encabezó Carlomagno Peralta, haitiano educado y culto, a quien se obligó a trabajar en traje de penado en el Cabo haitiano. Fué muerto a la traición y a sangre fría por un oficial de marina de los Estados Unidos. Prominentes haitianos protestaron ante el senado americano, declarando que «la ocupación americana es el régimen militar más terrible que se haya consumado en nombre de la democracia del Norte».

Bajo la presidencia de Harding, la autoridad suprema americana fué ejercida por el brigadier general John H. Russell, a quien el secretario de estado Hughes confió la aplicación del tratado de 1915. Russell, obrando por instrucciones de Denby, secretario de marina, estableció la ley marcial para los civiles y promulgó otra ley de lesa majestad.

**Protectorado de Nicaragua.**—En Nicaragua, así como en Santo Domingo y Haití, los intereses estratégicos de la diplomacia americana se unieron con los de los banqueros de la misma nacionalidad para producir primero la intervención diplomática y luego la militar.

La suerte de la infeliz Nicaragua, que ha culminado en los acontecimientos de estos últimos días—que han conmovido al mundo—fué echada por la naturaleza misma, que la predestinó al calvario por la posesión de una ruta que hace factible un canal interoceánico, así como ocurrió a Colombia.

Desde 1850, en que se celebró el tratado Clayton Bulwer, entre Inglaterra y los Estados

Unidos, éstos previeron que podrían ser los constructores y beneficiarios de ese posible canal.

Siguiendo su política de imperialismo, en 1909 decía el presidente Taft en el mensaje anual al congreso: «Hay muchas quejas contra el presidente Zelaya de Nicaragua porque mantiene a la América Central en constante tensión e inquietud». Esa declaración la hizo Taft precisamente en los días en que el presidente José Santos Zelaya se oponía a que los Estados Unidos controlaran la bahía de Fonseca y la ruta del canal, y a que en Nicaragua se establecieran y arraigaran los intereses americanos.

«En 1909 estalló una revolución contra Zelaya. Fué financiada por Adolfo Díaz, empleado en Bluefields de la Luz y en Los Angeles Mining Company, corporación norteamericana. Díaz ganaba un sueldo de \$ 1.000 por año, a pesar de lo cual—y sin que se le hubieran conocido otros recursos—pudo avanzar a la revolución \$ 600.000, que, por lo demás, él se pagó después. Tomás C. Molfat, cónsul de los Estados Unidos en Bluefields, supo con anticipación que estallaría esta revuelta, pues el 7 de octubre cablegrafió al departamento de Estado que la revolución comenzaría al día siguiente, y que el nuevo gobierno apelaría inmediatamente a Washington para ser reconocido. . . . Cinco días después, Molfat pudo informar a Washington que se había establecido un gobierno provisional, presidido por el general Juan Estrada, que este gobierno era «amigo de los intereses americanos y que garantizaba la anulación de todas las concesiones que no fueran poseídas por extranjeros». (V. *Relaciones exteriores*, 1909, p. 452). Como la lucha entre el gobierno de Zelaya y los rebeldes fuera arreciando, los Estados Unidos se destaparon francamente: vapores de la United Fruit C<sup>o</sup>. y otros buques americanos, con la bandera de Nicaragua, transportaron hombres y municiones para los revolucionarios, con el conocimiento y ayuda de los representantes del departamento de Estado de Nicaragua.

Este Adolfo Díaz, nicara-

guense, vendido a los americanos desde 1909, es el mismo que ahora acaba de pedir el auxilio armado de los Estados Unidos, como presidente usurpador de Nicaragua, y de firmar el vergonzoso tratado que pone a esta infeliz república, bajo el protectorado de los Estados Unidos. Adviértase que el libro *Dollar Diplomacy*, que con tan poco honor cita los comienzos del tal Adolfo Díaz, fué escrito desde 1925, dos años antes de sucederse los acontecimientos que a estas horas se están desarrollando en Nicaragua.

El secretario de Estado Knox, en nota del 1<sup>o</sup>. de diciembre de 1909, despachó ásperamente de Washington al representante del gobierno legítimo de Nicaragua, declarándole abiertamente que los Estados Unidos estaban de parte de los rebeldes. (*Relaciones exteriores*, 1909, p. 447).

Zelaya fué obligado a renunciar la presidencia y a huir del país. En su reemplazo el congreso nombró legalmente al doctor José Madriz, a pesar de lo cual, los Estados Unidos siguieron sosteniendo el gobierno revolucionario de Estrada. Madriz protestó ante el presidente Taft, pero en vano: los barcos americanos rompieron el bloqueo establecido por el gobierno legítimo de Nicaragua y transportaron armas y municiones para los rebeldes.

Madriz derrotó a los insurgentes, pero entonces desembarcaron fuerzas americanas y ayudaron a Estrada a dominarlo. Madriz tuvo que renunciar el 20 de agosto de 1910 y luego Estrada y Emiliano Chamorro entraron triunfales a Managua.

En octubre, el gobierno de los Estados Unidos nombró como su agente especial en Nicaragua a Tomás G. Dawson, que se había adiestrado en Santo Domingo en esto de despojar aduanas. Vistas así las cosas por los banqueros neoyorquinos Brown Brothers, se ofrecieron para financiar a Nicaragua y el departamento de Estado los aceptó.

El 27 de octubre de 1910, Dawson dictó, a bordo de un barco de guerra americano, a los jefes de la revolución de Estrada, el pacto que se conoce con el nombre de Pacto Dawson.

En él se estipuló que una asamblea constituyente nombraría de presidente a Estrada y de vicepresidente a Adolfo Díaz; y que ningún zelayista podía hacer parte de la nueva administración. Por este medio tan constitucional y tan moral los presidentes de los Estados Unidos continúan enseñando a las repúblicas latinas cómo han de elegir a sus presidentes.

Poco después el secretario Knox telegrafiaba al ministro americano en Nicaragua, que contratara un empréstito para este país asegurado en las aduanas.

Todas estas medidas que al principio se mantuvieron secretas, trascendieron al público y suscitaron la indignación general, hasta el punto de que la misma asamblea constituyente, nombrada *ad hoc*, se opuso al Pacto Dawson y al empréstito. Estrada la disolvió y convocó a nuevas elecciones, con la aprobación del departamento de Estado, lo que no impidió que la sanción popular hiciera renunciar a Estrada, quien fué reemplazado por el vicepresidente, el famoso Adolfo Díaz.

Como este Díaz no fuese más popular que Estrada, Knox cablegrafió al ministro americano que no permitiera la renuncia de Díaz y que para sostener a éste, ya se había ordenado que un buque de guerra le diera apoyo.

En mitad del conflicto, el secretario Knox firmó con el representante de Nicaragua en Washington, el 6 de junio de 1911, lo que se conoce con el nombre de Convenio Knox-Castrillo. En él se flotantiza un empréstito de quince millones hecho a Nicaragua por banqueros americanos y se dispone el control de las aduanas de Nicaragua por los Estados Unidos.

El departamento de Estado negoció con los banqueros Brown Brothers y J. y W. Seligman y Co., el dicho empréstito, y en el proyecto se disponía que el mismo empréstito debía ser pagado a los prestamistas, en calidad de acreedores de Nicaragua, por un banco y unas obras que ejecutarían y que habrían de quedar siempre bajo el control americano.

Cómo sería el convenio Knox-Castrillo cuando el senado de los Estados Unidos lo improbó,

a pesar de las reiteradas instancias del presidente Taft para que fuese ratificado; pero poco después los susodichos banqueros firmaron otro proyecto de empréstito con el gobierno de Nicaragua por... \$ 1.500.000. Fué este contrato bien desventajoso para Nicaragua porque en él, entre otras cosas, se estipulaba «el derecho para los banqueros de solicitar de los Estados Unidos de América protección contra posibles violaciones del contrato, y ayuda para forzar su ejecución».

También el sentimiento nacional de Nicaragua se rebeló contra ese pacto, pero fué aprobado bajo la presión del departamento de Estado.

En julio de 1913 el pueblo de Nicaragua se levantó en armas contra el gobierno de su patria, que así lo traicionaba pero los marinos y barcos de guerra americanos dominaron la revolución e impusieron a Adolfo Díaz por una nueva reelección.

Mientras los banqueros negociaban con opción para el ferrocarril de Nicaragua, ocurrió la elección de Wilson como presidente de los Estados Unidos y tanto los banqueros como el gobierno de Nicaragua temieron que la nueva administración americana cambiase de rumbo. Consultado el secretario Knox, replicó que «no tenía ningún fundamento el rumor de que la próxima administración cambiase la política de los Estados Unidos con respecto a la América Central.» Y así fué.

Bajo esta seguridad, los banqueros firmaron con el gobierno de Nicaragua un nuevo contrato, el 8 de octubre de 1913. En virtud de él, «de los \$ 2.000.000 avanzados a Nicaragua por los banqueros americanos en pago del ferrocarril y como empréstito, la república sólo recibía \$ 772.422. El resto se empleó en pagar los empréstitos anteriores, para suplir los fondos del cambio, comprando acciones en el banco nacional y pagando cobros de los mismos banqueros. Como resultado de esta transacción no sólo los banqueros americanos recogieron todos los empréstitos anteriores sino que Nicaragua les quedó debiendo \$ 1.000.000, perdieron lo que tenían en la casa inglesa Ethelburgo, y los banqueros queda-

ron controlando y manejando el ferrocarril.

En febrero de 1916 los Estados Unidos firmaron con Nicaragua el tratado conocido con el nombre de Bryan-Chamorro, sobre privilegio para aquella nación de construir un nuevo canal interoceánico. En él se estipuló el arrendamiento de las islas Great Corn y Little Corn, pertenecientes a Nicaragua, y una base naval en el Golfo de Fonseca, todo por 99 años, renovable por

otros 99 a voluntad de los Estados Unidos.

En el tratado Bryan-Chamorro se estipuló que no afectaría derechos existentes, refiriéndose a reclamos que varios estados centroamericanos hacían sobre territorios por donde podía construirse el canal. Costa Rica y el Salvador protestaron contra el tratado dicho y apelaron a la corte centroamericana, que, en mucho, fué creación de los Estados Unidos, y por cuyo espíritu de

justicia se vanagloriaba la administración Taft.

La corte falló en favor de los reclamantes, pero los Estados Unidos y Nicaragua rehusaron someterse, destruyendo así aquellos su propia alabada obra.

Los señores Nearing y Freeman concluyen esta parte de su libro con las siguientes expresivas sentencias:

«Una nación pequeña y débil no tiene derechos que una grande y fuerte esté obligada a respetar. Se ignoran las protestas, la oposición se arrolla. Al fin, obligada por la necesidad política o económica, la nación fuerte alarga su brazo militar. Tal es la historia de Francia en el Norte de Africa, del Japón en Korea, de Inglaterra en la India y en el Egipto. Es la conducta general de los grandes imperios con los países no desarrollados. En los últimos 20 años los Estados Unidos han añadido varios capítulos importantes a esta experiencia, por su intervención armada en el Caribe».

**Cuba.**—Afirman los señores Nearing y Freeman que el predominio económico de los Estados Unidos en Cuba, que corre parejas con el control político, ha hecho decir a un historiador que «Cuba no es más independiente que Long Island».

Aunque en un principio, al terminarse la guerra entre España y los Estados Unidos, éstos declararon enfáticamente en resolución de abril de 1898 que no pretendían la menor tutela política ni económica sobre Cuba, poco después y a despecho de patriótica y franca oposición de los nobles cubanos, el secretario de Estado Root impuso la enmienda Platt que hace parte integrante de la constitución de Cuba y es la que la ha conducido a esa condición de dependencia de que hablan los autores citados y que el historiador aludido por ellos toma como fundamento para asimilarse a uno de los estados de la Unión.

Son numerosas y enseñan mucho las ocurrencias sufridas por la heroica isla, originadas en la intervención americana. Sería muy largo estudiarla y sólo apuntaremos las más importantes.

El general Magoon fué el jefe de una de las ocupaciones que ha tenido Cuba, en nombre

## Tiranías de la América Latina

Y un pueblo se convierte en rebaño...

¿Bajar la cabeza ante alguien que lleva entre el cuerpo como único sentido el de oprimir?

¿Puede llegarse a la infelicidad de cargar una mordaza, puesta por un barato tirano?

¿Es posible la pérdida de toda noción de libertad?

Cuando oigo hablar de deportados y de presos políticos siento al par de dolor vergüenza por el pueblo que contando con miles de habitantes se deja poner vil yugo por un solo hombre.

Vulgar es por fuerza quien oprime; no creo en tiranos superiores. Quien oprime a su vez es esclavo de sus oprimidos, y la vida de un hombre superior sólo se comprende en la libertad.

En el fondo de cada tiranuelo de la América Latina hay una bestia; lo dijo el maestro: no hay bien ni mal, hay ignorancia.

Siento desprecio profundo del individuo que necesita fantoches revestidos de oro y azul para vivir, y siento lástima por los hombres atados y humillados a la más vulgar de las voluntades.

Acaso esos países gobernados por vulgares ambiciosos, han perdido hasta la facultad de pensar y no tienen en la vida otra mira que la de su vil humillación.

¿Qué vale de fuera levantar voces, si los propios hijos la han perdido?

Hay una tiranía: es la del talento y la instrucción; los hombres llamados a ser pastores han de hacerlo como Montaigne decía hablando de la obligación de los padres para los hijos: por la bondad y la sabiduría.

Para esa opresión con mezcla de rapiña, sólo existe el exterminio de raíz, y hay la esperanza de creer que un país dominado por un déspota cuenta también con manos justicieras, que se crispen y cierran en pro de la justicia.

¿Dirigirse a vulgares tiranos por la libertad de sus mismos conciudadanos? No. Recordemos los hermanos, los compañeros, en general los compatriotas de los encarcelados y oprimidos, a ellos las más sagradas de las obligaciones: hablo de las obligaciones patrias que cada ciudadano se debe a su compatriota cuando es vejado en el más sagrado de los dones que se llama libertad.

Hablo del terruño que nos vio nacer y que el más vulgar de los hombres ha hecho suyo, pagando a unos y oprimiendo a otros.

A esos países corresponde, cuando hayan cortado la mano que los fustiga, poner en letras grandes por todo lo que puedan llamar suelo propio: YA NO SOMOS REBAÑO, AHORA SOMOS HOMBRES.

MAX. JIMÉNEZ

San José - Costa Rica.

de los Estados Unidos. Tres años duró, y de ella dice la sociedad cubana de derecho internacional que fué «lo más desastroso en la historia de la isla». Al comenzar esa ocupación Cuba tenía en las cajas nacionales una existencia de 13 millones de pesos, y cuando el general Magoon abandonó la isla, había un déficit de 12 millones.

La administración americana en Cuba debía muchos favores al cónsul general Frank Steinhart, uno de los principales promotores de la ocupación, y el general Magoon lo premió espléndidamente dándole la concesión del ferrocarril eléctrico de la Habana, de la luz y de la fuerza, que forman hoy una de las empresas más fuertes de Cuba, con capital de 36 millones de pesos, y de que Steinhart es presidente. En la tremenda crisis de Cuba, en 1921, en medio de innumerables bancarrotas, la compañía de Steinhart anunció una ganancia neta de 5 millones de pesos.

Speyer Brothers intervinieron en los dos primeros empréstitos que hizo Cuba, el primero, en 1904, por \$ 85.000.000, se empleó en pagar reclamaciones, muchas de las cuales las habían comprado norteamericanos, con descuento.

The National City Bank prácticamente está interesado en todos los negocios de azúcar de Cuba y controla el ferrocarril del mismo nombre. En la crisis, The General Sugar Co., filial del National City Bank, hizo efectivas numerosas hipotecas sobre plantaciones de azúcar, y de este modo fué como el 10 por ciento de las cosechas cubanas cayeron bajo el dominio de los americanos.

Nearing y Freeman cierran el capítulo sobre Cuba con estos conceptos:

«Cuba es, teóricamente, un estado soberano; en la práctica, su vida económica y política está dominada por Nueva York y Washington. Este método de dominación evita los gastos de la colonización, mientras que deja libre el campo a los intereses americanos. La propiedad de Cuba está casi por completo en manos del National City Bank...Las veinticuatro sucursales de este banco dan dinero al 10 por ciento a los agricultores nativos, asegurándose en la producción de

azúcar...La vida política cubana está dirigida por los representantes del departamento de Estado. La dominación americana de la isla es completa».

**Filipinas.**—El almirante Durney animó al jefe filipino Aguinaldo, en 1898, a que cooperara con los americanos en la gue-

rra contra los españoles, y le suministró barcos de transporte, armas y municiones.

Los filipinos creyeron que los americanos los tratarían, por lo menos, como a Cuba. Al efecto, después de la victoria de Cavite, Aguinaldo proclamó, en enero de 1899, la «constitución de la república filipina».

## Los yanquis nos alumbrarán

San José, 17 de Agosto de 1927

Señor don  
Joaquín García Monge  
Presente.

Mi estimado don Joaquín:

Adjunto le envío algunas palabras sinceras acerca de la cuestión de la venta de las Compañías eléctricas de San José a una Casa norteamericana; si encuentra que el trabajo sirve para algo, puede darlo a la publicidad.

Es muy posible que mi próxima carta sea en inglés, dada la manera cómo se nos están metiendo los norteamericanos, y porque, dentro de poco tiempo, escribir en castellano va a ser signo inequívoco de atraso intelectual.

Como siempre lo saluda con todo afecto,

RICARDO ESQUIVEL

Una poderosa casa norteamericana intenta comprar todas las Compañías eléctricas establecidas en San José. Es decir, reconocemos una vez más los costarricenses nuestra impotencia y nuestra incapacidad para mantener viva y produciendo una compañía netamente nacional. O, lo que es peor, se sobrepone al patriotismo (porque cuestión de patriotismo es), el amor insaciable y desenfrenado al dinero. Los que intentan realizar tal operación no han pensado, seguro estoy, del peligro gravísimo que entraña para la vida de la República, en estos momentos trascendentales para América, la presencia de empresarios yanquis en nuestro territorio; a la verdad, tenemos ya un buen número de ellos, y no *necesitamos* ni *deseamos* más; no es xenofobia; es, si se quiere, clara visión y franqueza para decir las cosas; es necesario que los costarricenses sepan que los futuros dueños de las compañías eléctricas no vienen a ayudarnos a trabajar, ni a colaborar con nosotros en el sentido de embellecer la ciudad capital; los que tal cosa afirman, o son muy cándidos, o no conocen a los yanquis. Ellos vienen simplemente a llevarse nuestro dinero, y nuestras energías y nuestros esfuerzos para formar una Patria nueva y libre; los yanquis que ahora pretenden «iluminarnos» son, a no dudarlo, las avanzadas de otros muchos que llegarán con el pretexto de «civilizarnos» y que terminarán por llevarse todo lo que nos pertenece; infinidad de casos hay en América de estas *invasiones pacíficas*, pero a pesar de tener la experiencia triste delante de nuestros ojos, no hacemos caso de ella; son yanquis, pagan bien; lo que venga después no importa! Patriótica manera de pensar! Además, los que lanzamos el grito de alarma no entendemos de negocios; es verdad; pero si no sabemos de negocios, entendemos, más que muchos, de patriotismo.

¿Y la juventud, ¿qué dice de este nuevo dogal (ya tenemos varios) que pretenden echarnos al cuello? ¿Y qué dicen los obreros? ¿Y qué opinan las personas sensatas? Pero no, seguramente las personas sensatas se guardarán muy bien de opinar; hacerlo, querría decir, en nuestro medio, que dejan de ser sensatas.

RICARDO ESQUIVEL

Agosto de 1927.

Aguinaldo y sus fuerzas tuvieron una parte preponderante en la ocupación del archipiélago filipino y en la toma de Manila, en la que cooperaron eficazmente con las fuerzas de los Estados Unidos. Tomada la ciudad, el general Otis, jefe del ejército americano, notificó a Aguinaldo que, o se retiraba de la ciudad, o lo haría retirar por la fuerza. Aquí empezó el calvario de la efímera nacionalidad.

En diciembre, el presidente Mc-Kinley selló la suerte del archipiélago en un mensaje en que ordenó su ocupación militar. Los filipinos se alzaron en armas contra los nuevos detentadores, pero — naturalmente — fueron vencidos, después de una lucha que duró hasta mediados de 1902.

En septiembre de 1898 el presidente Mc-Kinley manifestó oficialmente que los Estados Unidos se contentarían con la isla de Luzón. Poco después el secretario Hay cablegrafaba a la comisión que negociaba la paz en París, que exigieran la cesión de todo el archipiélago: «o todo o nada.» fue el dilema formulado por Mr. Hay.

Es bien conocida la absoluta dominación de los Estados Unidos sobre las Filipinas.

En diciembre de 1920 el presidente Wilson, en cumplimiento de promesas hechas a los patriotas del archipiélago, pasó un mensaje al congreso en que manifestaba que aquel pueblo era capaz de mantener un gobierno estable, y que creía llenadas las condiciones exigidas por el mismo congreso para conceder su independencia a las islas.

No ha sido de igual opinión el presidente Coolidge. En carta de 21 de febrero de 1924 decía entre otras cosas que el pueblo filipino no era apto para soportar el peso de su independencia; que los Estados Unidos no cumplirían sus deberes con la civilización si la concedieran; que cuando fuera tiempo, no hay duda de que el gobierno y el pueblo de los Estados Unidos se alegrarían mucho con verlos libres.

Mientras tanto, el pueblo filipino tendrá que vivir «bajo la libre bandera de los Estados Unidos», como se lo sentenció el presidente Mc-Kinley.

**Islas Vírgenes.**—De mucho tiempo atrás, los estrategas militares de los Estados Unidos señalaron la posesión de estas islas como necesarias para la defensa nacional, calificándolas como un Gibraltar de occidente y la llave militar del Caribe. Los intentos oficiales de dominio comenzaron desde 1865, bajo la segunda administración de Lincoln. Se cumplió ese dominio en 1917, bajo la administración Wilson, por compra de Dinamarca pactada por tratado entre las dos naciones.

El gobierno que los Estados Unidos han establecido en esas islas es una completa dictadura militar. Allí ejercen de jueces los oficiales del ejército. Como el consejo colonial negase al almirante Kittelle el derecho de deponer los jueces a su amaño, el almirante disolvió el consejo.

Los primeros días de la ocupación americana se marcaron «por ataques salvajes perpetrados contra los naturales».

La libertad de prensa no existe en esta región «gobernada bajo la libre bandera de los Estados Unidos». Los periodistas que hacen las menores

críticas a la administración americana son multados, apriisionados o desterrados.

Una comisión nombrada en 1921 por el secretario de trabajo de los Estados Unidos para investigar la situación económica de las Islas Vírgenes, informó que en ellas hay muchos nativos sin ocupación, que reciben salarios insuficientes y aun pasan hambre. Peones nativos, muchos de ellos mujeres, ganan \$ 1-20 por semana, siendo el costo de la vida tan alto como en los Estados Unidos.

Como resumen del capítulo que extractamos, Nearing y Freeman hacen el siguiente, que nos toca de cerca:

«Filipinas están bajo las fuerzas económicas y sociales de uno de los grandes imperios industriales modernos; fueron conquistados por el ejército americano y anexados al territorio del imperio. Las Islas Vírgenes forman parte de la misma trama imperialista: fueran comprados y ahora son gobernados por la marina de los Estados Unidos. Nicaragua y Honduras, Haití y Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico, Panamá y Colombia, quedan también dentro del área que

toca lógicamente a los Estados Unidos. Esos países también han oído la marcha de los marinos americanos, o sentido la presión diplomática o económica de que los mismos marinos no son sino el símbolo.»

Declaramos que ante la gravedad de los hechos denunciados por los señores Nearing y Freeman, tuvimos algunas vacilaciones sobre la autoridad moral de los autores. Pocos días después de haber leído el libro cuidadosamente, nos depa-  
paró la fortuna la oportunidad de hablar con un ilustrado ciudadano de los Estados Unidos, que ha sido alto empleado en aquella nación.

Al pedirle su opinión sobre la obra y mostrarle algunas de sus afirmaciones, nos dijo:

—No he leído el libro, pero sospecho de él, porque uno de los autores es un socialista exaltado y enemigo del gobierno de mi patria.

—Pero—le replicamos—los autores citan documentos oficiales en apoyo de sus revelaciones. ¿Cree usted que no sean auténticos?

—No me atrevería a hacer ese cargo—replicó.

Luego le preguntamos:

—¿Qué opinión tiene usted del señor Carlos E. Hughes, su antiguo secretario y candidato a la presidencia de los Estados Unidos?

—Para mí es—nos dijo—uno de los hombres más íntegros y honorables no sólo de la Unión americana sino del mundo civilizado.

—Pues oiga—contestamos—la opinión que el señor Hughes emite sobre el libro de los señores Nearing y Freeman.

(Y después de la lectura guardó silencio):

«La política exterior no se construye sobre abstracciones. Es el resultado de la concepción práctica del interés nacional. Los autores de este libro, al arreglar y aclarar el resumen de la expansión americana, explican la naturaleza exacta de esa concepción práctica. Los hechos narrados no tienen en sí nada sensacional ni nuevo; sin embargo, su hechura completa es sensacional e impresionante; da una nueva y más amplia concepción de los destinos de América».

C. E. RESTREPO

(El Espectador, Bogotá)

## Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica

Madrid,  
25 abril 1927.

Sr. D.

J. García Monge,

Director del Repertorio Americano.

Distinguido compañero:

Tengo el gusto de adjuntarle un artículo mío, publicado como Editorial, en el reciente n.º 8 de La Gaceta Literaria, y titulado Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica. Por la tesis en él sustentada, por los puntos de vista que contiene referentes a un nuevo y más eficaz sistema de relaciones intelectuales entre España y América—prescindiendo de los rodeos y de las desviaciones latinistas—no creo excesiva mi pretensión de que dicho artículo merecerá su atenta lectura y aun la reinserción en ese admirable semanario de cultura hispánica que Vd. dirige.

Agradeciéndole de antemano su atención, y al poner incondicional y recíprocamente este periódico a sus órdenes, me es muy grato ofrecerme suyo afectísimo lector, compañero y amigo, que estrecha su mano.

GUILLERMO DE TORRE  
Secretario  
de La Gaceta Literaria.

AL mismo tiempo que en el *Diálogo de las lenguas* va precisándose nuestro criterio, con referencia a Cataluña y a las demás lenguas peninsulares, interesa especialmente a *La Gaceta Literaria* fijar y

delimitar su actitud respecto al ángulo específicamente americano de nuestro objetivo triangular. Afirmado ya nuestro iberismo, aludimos ahora a la América de lengua española, a Hispanoamérica, a los intereses intelectuales de aquella magna extensión continental, en su relación directa con España.

Adviértase el cuidado con que evitamos escribir el falso e injustificado nombre de América Latina. Nombre advenedizo que, unas veces por atolondramiento, y otras, por un desliz reprochable—haciendo juego a intereses que son antagónicos de los nuestros—, ha llegado incluso a filtrarse en España. Subrayamos intencionadamente esta previa cuestión del nombre, porque, de su simple análisis y correspondiente crítica, han de brotar algunas de las reflexiones que hoy nos proponemos explanar. No hay, a nuestro juicio, otros nombres lícitos y justificados para designar globalmente—de un modo exacto que selle los tres factores fundamentales: el primitivo origen étnico, la identidad lingüística y su más genuino carácter espiritual—a las jóvenes Repúblicas de habla española, que los de Iberoamérica, Hispanoamérica o América española. Especialmente, cuando se aluda a

intereses espirituales, a relaciones literarias, intelectuales o de cultura. Ya que en la América hispanoparlante—he ahí, en rigor, la denominación exacta para estos fines, puesto que los vínculos más fuertes y persistentes no son los raciales, sino los idiomáticos—, puede afirmarse paladinamente que todos los mejores valores de ayer y de hoy—históricos, artísticos, de alta significación cultural—, que no sean españoles, serán autóctonos, aborígenes, pero, en modo alguno, franceses, italianos o sajones.

Eliminemos, pues, de una vez para siempre, en nuestro vocabulario, los espúreos términos de *América Latina* y de *latinoamericanismo*. Darles validez entre nosotros equivaldría a hacernos cómplices inconscientes de las turbias maniobras anexionistas que Francia e Italia vienen realizando respecto a América, so capa de latinismo. Estaríamos, en último caso, conformes con ese latinismo—del que en buena teoría somos indubitables copartícipes—si este aparente lazo étnico abarcase también, como es debido, a España. Pero obsérvese que en el latinismo intelectual que practican nuestras vecinas europeas, España y sus más auténticos exponentes, quedan siempre al margen o haciendo un papel muy borroso y secundario. El latinismo intelectual entraña no menores peligros que la influencia

(Pasa a la página 143)

## Letras e Ideas

GABRIEL Miró es un ejemplo viviente de las injusticias de la fortuna literaria. La fama que sigue a su nombre no ha alcanzado toda la extensión que correspondía a su mérito. En nuestros «Viajes al Parnaso» no se le ha sabido colocar en la región de sus iguales. Miró ha quedado descabulado entre los nombres célebres. Creo que Salvador de Madariaga fué el primero que en su libro de semblanzas intentó clasificarle, poniéndole a par de *Azorin* o muy próximo a él. En más de una ocasión ha sido puesto en competencias de literatura a escritores inferiores a él, bien que estos azares no marquen categorías artísticas.

No; no ha tenido suerte Gabriel Miró. Pero ¿qué es la suerte? Al hablar de las injusticias de la fortuna empleamos una metáfora que ha heredado las ideas animistas de los primitivos. La fortuna no es justa ni injusta, porque no es un ser consciente que pueda tomar en consideración estas nociones. Ella misma no es más que una hipótesis o una figura por la que queremos explicar los juegos de circunstancias que trae y lleva el azar.

Gabriel Miró es uno de los escritores españoles actuales más interesantes, por el lenguaje y por la sensibilidad. Uno de los pocos que se pueden saborear en la lenta lectura, en vez de despacharlos de prisa, como una comida de tren. Es un delicado, un exquisito, y tal vez ello nos explique la esquividad de la fortuna. Lo delicado no priva en nuestro ambiente literario ni casa con el gusto general español. Hay poca afición al primor literario, hay pocos *gourmets* de los sabores finos del idioma, pocos lectores de lectura lenta y voluptuosa. Me le figuro en Francia participando de la gloria y la moda de Proust. Hay que tener en cuenta que entre nosotros los que prestan más atención a los particulares del lenguaje literario son los casticistas. Pero su clasicismo suele ser estrecho y pacato. El buen decir de ley les parece que ha de ser elaborado con el diccionario de la Academia y las locuciones del siglo XVII. No hay idioma en que haya tanta timidez como en el castellano para las innovaciones, por ese santo temor al neologismo, al



## Las obras de Miró

extranjerismo; sobre todo, al galicismo y a la construcción libre y original, que no se preocupa de si una manera de decir se ajustará a los modelos de Retórica. Si en la práctica predominara ese criterio tradicionalista, el castellano llegaría a ser una lengua embalsamada. La salvan los escritores que tienen genialidad e inventiva lingüística y la renovación espontánea del uso popular, que no hace caso de los puristas. Los que parecen corruptores de la lengua son a veces sus verdaderos conservadores, los que la mantienen viva.

\*\*\*

Gabriel Miró, que no ha llegado a la cincuentena, ha escrito ya bastantes libros para justificar la reunión de una serie de obras completas que se está publicando. El último volumen que he visto es *El libro de Sigüenza*, que pasó, cuando menos en gran parte, por los folletones de *El Sol* ¡Qué sensibilidad tan tierna, tan conmovedora, de tan noble alcurnia espiritual, delatan estas confidencias de *Sigüenza* que es, sin duda, el propio Miró! El capítulo de las oposiciones a la judicatura, el de la muerte del niño que en la etiqueta del colegio era el señor Cuenca, aunque tenía ocho

años, son delicadísimas viñetas novelescas.

El libro es un florilegio de emociones y recuerdos. Perteneció a la literatura de los diarios íntimos y las confesiones, aunque adopta la forma narrativa y plástica de la novela. No es una novela: es una serie de ejemplos, de escenas, de anécdotas, en que domina un matiz melancólico y entrañable. Y es un pormenor de espíritu delicado, que tiene el pudor de su intimidad y rehuye el desnudar su vida en público, esa personificación en *Sigüenza*, personaje imaginario.

*El libro de Sigüenza*, como brevariario sentimental profano, hace pensar en otra de las mejores obras de Miró, el brevariario sentimental sacro *Figuras de Pasión*, evangelio literario empapado de honda y sincera emoción religiosa, y al que, sin embargo, con singular cerrazón de entendimiento, se acusó de profanidad, de exceso de realismo, no sé de cuántas cosas. Papini, en Italia, a pesar de las brusquedades de su estilo y de las chinitas a la literatura eclesiástica, que, según él, huele a sirio, ha sido acogido con los brazos abiertos como un apologista auxiliar, de tropas irregulares, y su *Historia de Cristo* está dando

la vuelta al mundo. Si Miró hubiera escrito un libro ñoño, en estilo de devocionario, es posible que le hubieran puesto por las nubes.

\*\*\*

La novela parece haber atraído principalmente a Miró, no sólo porque son novelas los más de sus libros, sino porque adopta en otros como los citados el estilo novelesco, de narración descriptiva y dramatizada o accionada. Sobresale en la pintura fina y poética del paisaje; se complace en el menudo detalle sentimental; domina el arte de los fondos novelescos, sin que le falte inventiva para la fábula ni el don del creador de tipos.

Adolecen en general sus novelas de cierto desmayo o languidez, de una como cansera de la vida, que viene probablemente de la propensión melancólica y la extremada sensibilidad. Lo lírico y lo descriptivo se sobreponen a veces al movimiento vital.

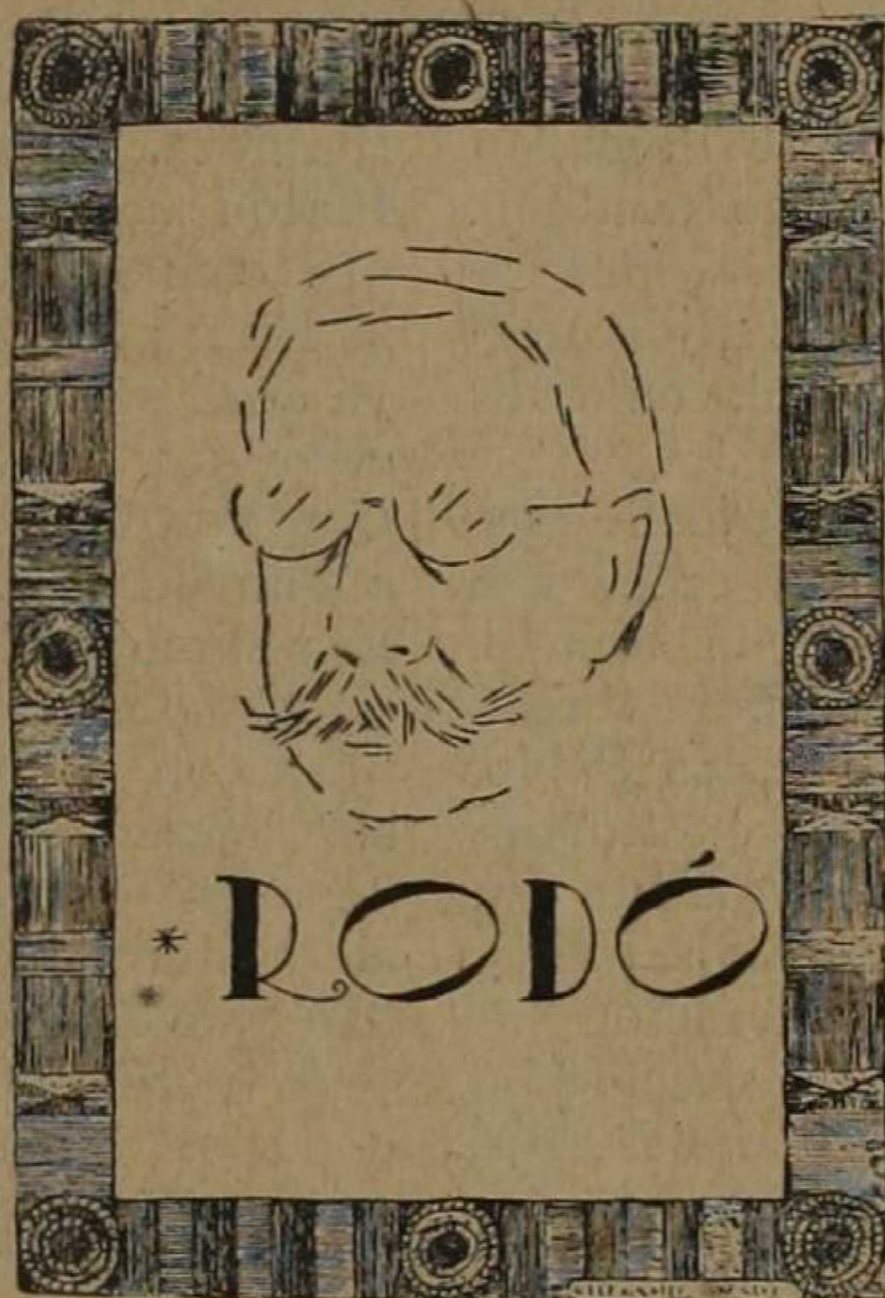
Sus dos últimas novelas, *Nuestro padre San Daniel* y *El obispo leproso*, son las menos tocadas de este achaque, las de acción más densa, trabada y firme y, al mismo tiempo, las más ricas en movimiento de figuras y en la reconstrucción del ambiente local. Pero tocó un *tabú*, presentó un colegio de jesuitas, y aunque no lo hiciera, a mi parecer, con ensañamiento anticlerical, pues Miró nada tiene de anticlerical, ni menos de antirreligioso, el *tabú* surtió sus efectos. «Con la iglesia hemos topado, Sancho», pudo decir Miró, como Don Quijote. Se hizo una rencorosa y sañuda campaña para cerrar el paso al premio Fastenraht al novelista, sin privarse de perfiles como el de enviar bajo sobre a las personas que habían de entender en el concurso los periódicos en que se atacaba al autor de *Figuras de Pasión* por el fácil procedimiento de entresacar y descoyuntar oraciones, con el cual se puede poner en solfa al propio Cervantes. No se puede tocar al *tabú* ni para sostenerlo. Uza fué fulminado por haber extendido la mano a sostener el arca, que se tambaleaba. Pero los *tabús* han venido a menos, y para un escritor del mérito y la categoría de Gabriel Miró, el premio Fastenraht no es más ni menos que dos mil pesetas.

E. GÓMEZ DE BAQUERO  
(*El Sol*, Madrid).

# José Enrique Rodó y sus críticos

=Traducido del *Mercure de France* del 15 de febrero.=

HACIA fines del siglo pasado, la América española atravesaba por una crisis moral profunda. Las corrientes de ideas que habían hecho la Independencia, habían llevado al desprecio de la tradición y a cierto divorcio con el espíritu de la raza. El espectáculo de la España, entonces en plena decadencia, y el ejemplo de los Estados Unidos cada día más poderosos, contribuían a afirmar esta actitud, haciendo desconfiar de la potencia del genio latino y buscar la orientación en la cultura anglosajona. Por otra parte, el positivismo triunfante había suscitado un utilitarismo que desconocía toda verdadera idealidad. Sólo en el campo de la literatura, la seducción ejercida por las letras francesas mantenía el culto de la belleza y la vinculación a la cultura latina. Hijo de español y de uruguayo, nutrido de una amplia cultura moderna, José Enrique Rodó estaba dotado de las más altas cualidades de la raza, a la vez que poseía el fervor de un idealismo acordado al espíritu contemporáneo. Él ha sido así un *Gran Escritor* representativo, revelador de direcciones propicias, anunciador del alto destino del Nuevo Mundo latino. Empezó a manifestarse en la *Revista Nacional*, que él mismo fundara en compañía de los hermanos Martínez Vijil, con un ensayo: *El que Vendrá*, en el cual anunciaba al genio esperado, que traería la palabra de fe e idealidad iluminadora de la conciencia caótica del instante, es decir, en el cual inconscientemente se anunciaba él mismo. Empero, un alto poeta encabezaba entonces el movimiento modernista, que debía renovar la poesía de lengua española: Rubén Darío. Rodó consagró a su libro *Prosas Profanas*, que acababa de aparecer, su análisis muy sagaz, muy rico de ideas, en una forma la más matizada y la más nueva. Él se declaraba también modernista, pero no creía que el autor de *Prosas Profanas* fuera el poeta de América. La palabra de *El que Vendrá* debía ser otra. Y he aquí que él mismo nos dió esa palabra fecunda en un opúsculo, *Ariel*, tornado famoso. Dirigiéndose a la juventud, en la forma de un discurso magistral, la exhorta a desarrollar plenamente la personalidad, en un sentido elevado y humano, y, advirtiéndola del peligro del utilitarismo angloamericano que nos invade, la incita a cultivar el «entendimiento de hermosura» como norma segura para la práctica del bien, esta «estética de la conducta», para la conquista del verdadero porvenir hispanoamericano: la unidad y la afirmación de la personalidad del continente latino. *Ariel*, ese «símbolo de la razón y el sentimiento sobre los bajos instintos de la irracionalidad», es el genio que deberá inspirarnos. En este libro, Rodó ensalza el espíritu griego, al mismo tiempo que la virtud cristiana. En su opúsculo *Liberalismo y Jacobinismo*, se alza contra la falsa democracia, fanático e intolerante, proclama la necesidad de



una gerarquía intelectual y se inclina ante la religión que conceptúa «la más verdadera y excelsa concepción del espíritu...» Comprendiendo que de lo que las sociedades jóvenes tienen más necesidad es de hombres verdaderos, en su libro siguiente: *Motivos de Proteo*, Rodó se dirige especialmente a la conciencia individual. Habla de la educación como reguladora eficaz de la evolución incesante, a la cual nuestro espíritu está sometido, y después de disertar largamente sobre la vocación que, no siendo siempre manifiesta, deberemos buscar con tesón a fin de realizarnos debidamente, señala el amor como el estimulante más profundo de la aptitud personal. El espíritu humano es semejante a Proteo; lleva en sí la potencia de un desarrollo infinito. Rodó llama esta obra un «libro abierto sobre una perspectiva indefinida», y eso es en efecto esta serie de meditaciones sobre el problema individual, que el autor ha ilustrado con numerosos ejemplos de la historia y de la leyenda. El artista que convive con el pensador, se expresa aquí a veces en forma alegórica: en parábolas de una gracia y virtud sugestiva incomparables. Empero, Rodó debía hallar en la historia de la América española los ejemplos de heroísmo más adecuados para reforzar su obra de animador. En *El Mirador de Próspero* nos ofrece, pues, al lado de numerosos trabajos de crítica de ideas o de letras, algunos estudios sobre ciertos hombres representativos del Continente, estudios vastos, complejos, integrales, en los cuales las personalidades surgen palpitantes sobre el fondo del medio social o ideológico de la época. Así, nos presenta la figura de impetuoso heroísmo de Bolívar en el núcleo del incendio de la Revolución, las curiosas fisionomías del ecuatoriano Juan Montalvo y del argentino Juan María Gutiérrez en el ambiente de tiranía del Ecuador o en medio de la «floración

espontánea» de la naciente literatura argentina. El autor se empeña en exaltar las cualidades de la raza y en ponderar las obras que se inspiran en el alma y en la tierra hispanoamericanas. En su ensayo sobre *La Novela Nueva*, que completa su folleto *El que Vendrá*, había señalado ya las bellas posibilidades de la novela autóctona. De manera que, cuando el movimiento modernista buscaba sus inspiraciones en el extranjero, Rodó desentrañaba ya la norma de nuestra verdadera literatura. Pero este pensador que había recomendado la acción, no quiso eximirse de ella. Mezclándose a la política, hizo oír en la Cámara uruguayo su voz sabia y conciliadora, y, como representante en las fiestas del centenario de la Independencia de Chile, llevó a este país el elogio de su pasado de orden y progreso y el primer mensaje de hispanoamericanismo, por así decir, oficial. Mas los sabios no se mezclan impunemente a la feria de la cosa pública. Y pronto hubo de retirarse desilusionado. En *Motivos de Proteo* había indicado dos medios para renovarse: la soledad y los viajes. Después de algún tiempo de retiro, se embarcó para Europa, como corresponsal de una revista de Buenos Aires. Atravesó la España, a la cual le ligaban tantas afinidades, y ganó la Italia, que para su alma prendada de la belleza era algo así como la patria ideal. Mas aquí la muerte le sorprendió en el momento culminante de su carrera literaria. Sus últimos artículos y sus impresiones de viaje han aparecido en volumen bajo el título de: *El Camino de Paros*. A pesar de su heterogeneidad y de su brevedad, este libro es de una gran importancia. Rodó, confirma en él la eficacia de las peregrinaciones para el enriquecimiento del tesoro propio. Entre los pensamientos que le sugieren los países que recorre, encuentra las dos ideas centrales de su espíritu: el amor de la Belleza y la fe en el porvenir de la América latina,—magnificadas y completadas. Nos hace pues oír como nunca la voz de «bronce y mármol» de la Grecia y del Renacimiento, a la vez que comprueba «el hecho» de «la unidad moral» de la América española, que será mañana «unidad política» que aconseja para esto algo que no había visto aún: la conservación y la continuidad de la tradición. Incliniéndose ante el pasado en el cual es menester que nos reconozcamos, tiene para el catolicismo, que forma parte también de nuestra tradición, palabras de profundo respeto; exalta una vez más la «literatura que se inspira, sin mezquinas limitaciones, en el amor de la tierra» y no cesa de recomendar todo lo que pueda servir a «la afirmación de una manera nacional». «La persuasión que es necesario difundir hasta convertirla en sentido común de nuestros pueblos, dice, es que ni la riqueza, ni la intelectualidad, ni la cultura, ni la fuerza de las

(Pasa a la pag. 142)

# Mi Don Francisco Giner

(1906 - 1910)

## 2.—El Abuelo

DUDO haber sido yo el primero en llamarle con el dulce nombre de Abuelo. Creo que así le llamaban las hijas de Cossío, y así empecé a llamarle yo también. Él decía que eran sus hijos los hombres de la generación anterior a la nuestra. Si ellos eran sus hijos, nosotros debíamos ser sus nietos. Y a decir verdad, teníamos abuelo, pero no teníamos padre espiritual.

La primera generación del siglo, se resiente de esta falta de férula de un padre que la llevara a creer y a obedecer. Don Francisco nos mimaba como un abuelo, nos sacudía con caricias fuertes, impaciente por vernos desarrollar en estatura espiritual, como decía San Pablo, pero no podía suministrarnos aquella dosis cotidiana de entendimiento, que nos hubiera dado un padre. Su prole era demasiado grande para regirla con disciplina.

Desgraciadamente, los hombres de la generación inmediatamente anterior a la nuestra, estaban demasiado ocupados o preocupados para poder pensar en nosotros. Unos, después del desastre de 1898, quedaron de tal manera sobrecogidos por el problema nacional, que no hicieron discípulos, o si los hicieron, debieron ser muy malos. Otros, después del fracaso de las tentativas de regeneración, redoblaron su actividad personal, y por un elevado patriotismo se recluyeron a intensificar su trabajo, con el objeto de probar al mundo qué si España había decaído políticamente, tenía aún el alma sana y era capaz de producción científica.

El Abuelo era el único que cuidaba de nosotros. Se interesaba en nuestro progreso moral, vigilaba nuestras caídas. Hasta los que vivíamos lejos de Madrid, íbamos allí a menudo, no sólo a recibir sus consejos sino también en busca de cariño. En seguida de instalarnos en una pésima casa de huéspedes (no había entonces aún Residencia de Estudiantes!), corríamos a buscarlo impacientes de verle y oírle, de abrazarle y de que nos abrazara. Él ya no dejaba al forastero en toda la jornada. A veces se quejaba con socarronería:—Qué absorbentes son Vds. los provincianos! Se imaginan que nosotros antes de llegar Vds., no hacíamos más que esperarlos...!

Pero cuando el forastero pretendía dejarle (acaso porque estaba también cansado del traqueteo espiritual de aquella conversación) reaparecía el Abuelo, y casi sollozando replicaba:

—¡Oh, no, no, demasiado pronto que se nos irá V.! Cuando pienso que no va a estar aquí más que tres o cuatro días, se me hiela el alma! Venga, venga V., acompañeme V., venga conmigo a mi clase... Claro que nada aprenderá V. allí—¡un hombre como V.!—pero verá estos chicos, y ellos se alegrarán de verlo a V.

Ya en la clase, no dejaba de presentar al forastero más o menos en esta forma:—Vds. me dispensarán, pero me ha caído este hombre de Galicia (o Cataluña, o de donde fuera) cuando yo salía de casa. Qué regalo, eh! Ya desde entonces no ha parado de hablar. ¡Y las cosas que he tenido que oír!... Aquí donde le ven Vds. ha traducido a B, ha escrito un libro sobre P, y es el que sabe más en el mundo de X o Z... Y la prueba es que le han hecho ya secretario del ateneo de su pueblo, cargo que desempeña honorablemente. Sólo que hasta hace poco no sabía lavarse, y tuve que enseñarle a limpiarse la tinta de los dedos con sal de acederas...

El forastero que oía este extraño elogio sonriendo y viendo sonreír a los discípulos, como que conoce toda la bondad del Abuelo, sigue la broma haciendo una reverencia.

Don Francisco prosigue dirigiéndose al forastero:

—No se extrañe V. si he mencionado esto de la limpieza. Aquí estamos estudiando ahora las ideas de Platón sobre el derecho natural. Ya hace tres meses que comentamos sus escritos, y como no hay duda que si hemos estudiado con fervor sus ideas, Platón estará ya aquí entre nosotros; no podemos presentarnos en esta clase sin toda la limpieza moral y material posible. Qué vergüenza, si Platón entrara ahora y descubriese a uno de Vds. con los zapatos sucios, o a alguien con el pésimo vicio de roerse las uñas! (y esto no lo dice el Abuelo, pero el recién llegado forastero, se roe las uñas con furor). ¿No, se acuerdan Vds. de cuando hacían sus ejercicios de doctrina cristiana en el colegio de Jesuitas?—porque todos Vds., se les ve a la legua, han sido educados en un convento de jesuitas—¿no se acuerdan que les decían que debían tener el alma siempre pura y limpia, dispuesta para acercarse a la presencia de Dios? ¿No se acuerdan de aquel tético, *será hoy, será mañana...* anunciando la muerte como la única manera de ver a Dios?—Esto estaba bien para niños; esta idea de ver a Dios, limpio, puro, y que para verle es necesario morirse! Pero Vds. ya son hombres, y saben no sólo que pueden ir a Dios a todas horas, sino que Dios puede venir a verlos, y vendrá si solamente estuvieren Vds. limpios y dispuestos! Pero contentémonos con ser dignos de recibir a Platón, y no tener que avergonzarnos si él se presentara. Él fué como nosotros un simple mortal.

—Vamos, continúe V. señor Quiroga, su discurso de ayer, para aclarar la distinción entre el *noumenos* y la *cosa en sí*...

El estudiante interpelado empieza lo que el Abuelo ha llamado *su discurso*, balbuceando a pesar de unas cuantas notas que tiene delante. Pronto, sin embargo, una hábil intervención del maestro pone las cosas por buen camino y al fin se establece una conversación general. Los estudiantes se interrogan unos a otros, comentando lo que se ha dicho; el Abuelo los observa discutir con alegría. A veces interrumpe, preparándoles con artificio un engaño dialéctico, haciéndoles caer en una contradicción aparente, para que discurran, y con método traten de salir del peligro. Cuando se atascan, él los levanta con unas cuantas frases ideales que dan nuevos ánimos... La hora pasa; nadie se acuerda de que es tiempo... El Abuelo dice.—«Qué lástima, pero hay que marcharse! Qué van a decir, si nos ven estar así, más tiempo del debido en una clase de esta Universidad!...»

Y salen todos rodeándole. ¡Con qué cariño le llevan! Qué orgullosos están de tenerlo! Es el único hombre que han encontrado en su vida que les haya dado el pan espiritual tan deseado. En el portal de la Universidad se cruzan con otros estudiantes, otros profesores. Pasa saludando, con su chistera reluciente, Santamaría de Paredes, que marcha a palacio a dar su campanuda lección de derecho público al joven rey. Los que rodean a Don Francisco y que recuerdan las clases de Santamaría, sonríen al verlo pasar. Uno hace una alusión al joven monarca, condenado a no escuchar otras lecciones que las del gran Santamaría de Paredes, el padre P. y el general G.

El Abuelo reprueba la chanza; no gusta de chismes, y menos los chismes de esta clase.

—Se equivocan, dice, al juzgar a Santamaría en esta forma. Es un hombre que sabe muchísimo. Por lo menos, no es peor que los otros; no es peor que yo, sólo que tiene otro método de enseñar. No es a él, ni a mí, ni

a los otros... somos todos, y es todo lo que tienen ustedes que barrer y echar a puntapiés. Esto sí, para hacerlo mejor que nosotros! Qué poco les costará! Porque es por nuestra culpa, o por incapacidad o inacción, por lo que no hemos conseguido levantar al país. Estaba ya degradado, pero se ha envilecido aún más en nuestro tiempo. Todo cae en pingajos; la nación se deshace, y no es sólo moralmente, sino también en realidad. Miren al pringue, al mugre dominando Madrid. Estas casas sucias, estas tapias pringosas! Estas gentes ¡Dios mío, estas gentes rotas, mugrientas! El mugre es el déspota absoluto de España. Impera, triunfa en todos lados. Todo huele mal! Tendríamos que ponernos nosotros a barrer las calles! Qué cosa más espiritual que barrer un pueblo, enseñarle el culto de la limpieza—que limpieza quiere decir integridad, pulcritud, santidad, exclusión de cosa extraña, absolutez, libertad de pasión!... Aunque ya sé que nuestro amigo aquí presente, Don Juan de Maqueda y del Corral, que como saben Vds. está escribiendo un libro sobre las costumbres españolas en la Edad Media, nos dirá que España siempre ha sido sucia, y que debió precisamente su gloria a esta misma suciedad que ahora deploramos.

El aludido Don Juan de Maqueda y del Corral es un estudiante joven, rubio, con una barbita fina, y muy pulcro y atildado. Al ver que los demás le miran, rearguye diciendo que él no sostiene que la suciedad sea una gloria española, pero que hay algo de verdad en que la indiferencia hacia el bienestar llevó a España a realizar grandes hechos en otras épocas. Hasta los mismos conquistadores buscaban el oro para procurarse lujo, gloria, a lo menos placeres... pero no comodidades. Nuestros edificios monumentales son poco prácticos. En mi pueblo, dice, hay un palacio que construyó un marqués que vino del Perú con tres arcas de polvo de oro, y no hizo más que la fachada magnífica y un salón grande con techo dorado; lo demás quedó sin concluir y así está todavía...

Pero el Abuelo no se rinde.—Lo que V. dice es cierto, parece cierto...

—Y lo es, añade el Maqueda cada vez más atrevido...

—Pero V. olvida, prosigue diciendo Don Francisco, que lo que era el ideal en aquellos días, no es el ideal de nuestros tiempos. ¿Por qué si España fué la más grande en tiempos de suciedad, no puede ser la más avanzada hoy en estos días de higiene, limpieza, economía, claridad?

—Y por qué deberíamos empeñarnos en ser los primeros en una cosa para lo que nuestra naturaleza acaso no esté bien conformada? dice un joven pequeño, triste, con acento visiblemente andaluz. Seamos los primeros en el pensamiento, en la acción, y en la contemplación, y dejemos para otros esto, de las calles limpias y las aceras rectas.

—Y además que no es oro todo lo que reluce! Cuando yo estuve en Cambridge...

—Sí, sí, ya sé lo que me dirá V., me dirá, interrumpe el Abuelo, que en aquellos Colegios no hay baños, ni ascensores y faltan ciertas comodidades modernas. Pero, acuérdesese V. no de lo que falta allí, sino de lo que hay. Con lo que sobra en aquellos Colegios medioevales de limpieza e higiene, ya nos contentaríamos aquí, hoy por hoy. V. es como un merchante de cuadros de Madrid que encontré en París, y que me invitó a acompañarle a ver una exposición de arte. Todo estaba magníficamente, sabiamente, artísticamente combinado... Noté que mi hombre se cansaba de elogiar y buscaba algo que poder criticar... Por fin no sé que defecto notó, en estos extraños objetos que Vds. llaman escupideras, y que Vds. sabrán para qué sirven. Si hubieran visto Vds. con qué alegría se desató mi acompañante viendo que tenía algo que criticar.—Esto sí

que lo contaré, iba diciendo; esto sí que lo contaré... ¡Y después dirán que en España todo está mal!

Mientras dura esta conversación entre el Abuelo y los discípulos, han llegado ya a una plazuela donde tendrán que despedirse para tomar cada uno su tranvía. El recién llegado forastero, que ha escuchado hasta ahora sin decir nada, interviene una vez diciendo:

—Pero Don Francisco—si quiere V. limpiar, modernizar, y purificar a Madrid, está V. aviado. Esto es peor que mi pueblo de sucio y pringoso. ¡Qué casas! ¡Qué tranvías! ¿Qué es esta estatua fea que le han puesto aquí?... ¿Por qué no hacen otra nueva capital moderna, como Washington, en un sitio donde haya árboles, colinas, ríos, y que sea un modelo para la nación?

—¿Por qué no levantan Vds. la provincia en masa, dice el Abuelo, y vienen Vds. como otros marseleses a purificar la capital con el fuego de su indignación? Si quiere V. trasladar la capitalidad de España, ¿por qué no hace V. una capital de su pueblo? Sea V. otro Pericles, y su pueblo será otra Atenas; sea V. Marsilio Ficino, y tendremos otra Florencia. Levante V. su pueblo al nivel de una capital, y verá V. como toda España la acepta en seguida. Atenas y Florencia no eran mayores que su pueblo.

—Ni falta hacía que fueran mayores, dice sentenciosamente Maqueda del Corral. Una ciudad moderna será por necesidad fea. Han hablado Vds. de Washington, pero dejen que crezca y se le añada medio millón de habitantes. Por más que se empeñen en trazar grandes vías y dejar espacios para parques, una ciudad moderna tiene servicios monstruosos de comunicación y habitación, de un género tal, que la hacen necesariamente fea. Miren Vds. que el famosísimo París, cerebro del mundo, es ni más ni menos que horrible! Londres ya ni tiene pretensiones de belleza. Le hablan a uno de las puestas de sol en la plaza de la Concordia, o de la Avenida de los Campos Elíseos... pero sólo cuando la ciudad desaparece, al caer de la tarde, que se convierte en paisaje, es cuando París es interesante. El visitante de París no se da cuenta de ello, pero son los efectos del aire rojo, encendido por las puestas de sol, o la neblina, irisada... que le impresionan. ¿Qué arte ni parte tiene la ciudad en todo esto?...

El Abuelo y los demás ya están acostumbrados a las tiradas oratorias del señor Maqueda del Corral, y saben que a menos de interrumpirlo, hay para rato. Por esto Don Francisco le toma la mano para despedirse diciendo:

—Sí, sí, ya sé. Tiene V. mucha razón. Pero una razón pequeña... Le concedo que las ciudades, y toda la civilización actual, si V. se empeña, sean todavía muy feas. Digo *todavía*, observe V. *todavía!* Vivimos en un período de transición. Algo muy bello y noble ha de aparecer muy pronto... Preparémonos pues para recibirlo. Adiós, adiós amigos, hasta mañana.

Y el Abuelo toma todavía por el brazo al forastero, cogiéndole fuertemente y le dice:

—Me acompañará V. a dejar una tarjeta en casa de R. Al pobre se le murió ayer el suegro, el que V. sabe fué su gran protector desde que entró en la política. Qué va a ser de él ahora? Los periódicos se preguntan ya de qué lado va a caer. Y cómo cambian los hombres, Dios mío! Si V. hubiese conocido a R. hace veinte años! Era más revolucionario que V. y más idealista que estos muchachos. Quién sabe lo que va a ser de Vds.? Querido amigo, sálvese V.; huya de esta política que todo lo envilece...

Y continúa hablando y derramando ideas entrecortadas por suspiros, casi gemidos. El forastero acompaña al Abuelo en su marcha a través de Madrid. Allí en la calle parece más pequeño, pero acaso también más

joven. ¡Con qué seguridad y rapidez anda aquel anciano! El forastero se sorprende de su vitalidad; no parece cansarse nunca. Va apenas abrigado, con un paletó parduzco, un sombrero hongo negro, unos fuertes zapatos sin costuras.

Al fin llegan a la puerta de la Institución Libre de Enseñanza cuando ya anochece. El Abuelo se despidió con otra caricia casi violenta:

—Me ha tomado V. todo el día, hombre terrible! Ahora tendré que pasar tres horas velando, para leer lo que hubiera de haber leído por la mañana. No me voy a la cama sin haber leído estas tres horas! Hay que estar al corriente—el mundo va tan de prisa, y nosotros aquí charlando, charlando... Pero venga V. mañana; no falte; venga V. temprano. Venga V. a la hora del desayuno; es la mejor hora de encontrarnos a todos, a las ocho y media que nos desayunamos con un

*breakfast* a la inglesa. Venga V. a desayunarse con nosotros... Y después me tomará V. también la mañana como lo ha hecho hoy. Y la tarde! Ay! qué pronto va V. a marcharse! Adiós, adiós!

El forastero queda en la calle algo turbado, sin saber a dónde ir. Siente que algo le atrae allí. Ve encenderse la luz en los balcones; el Abuelo debe sentarse en el sillón a tomar paz para empezar de nuevo. El forastero observa pasar la multitud abigarrada que vuelve del trabajo, y piensa en todo lo que ha oído. ¡Cuántas ideas! Cuántas chispas de luz en la ondulante conversación de la mañana y de la tarde. La muchedumbre vuelve del trabajo, pero el verdadero trabajador está allí arriba, viejecito, solo en el gran salón, con la cabeza entre las manos.

J. PIJOÁN



## ¿Qué hora es?...

—Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública en escuelas y colegios—.

### Movimiento femenino en América

EN «Fidelena», la casa de campo de la familia Cano, en esa humilde y santa casita que podríamos llamar la casa del cariño, donde pasó las mejores horas de su vida el más grande y el más honrado de los periodistas colombianos, en esa mansión de paz y caridad que en todas las Noche-Buenas repartió su techo y su pan a los pobres, y que ahora, a falta del calor de aquellos dos corazones unidos por el amor y separados por la muerte, es iluminada por el recuerdo y por las lágrimas de los hijos del sencillo poeta y la matrona inmaculada, encontramos al doctor Nieto Caballero, rodeado de su familia y jugando con sus niños tan alegre e infantilmente que al verlo así, el Maestro parecía un niño. Nieto Caballero no gasta esa seriedad y *posse* monótona de los grandes hombres, al contrario, su espíritu festivo es toda amabilidad y gracia para quienes lo escuchan.

Después de hablar largamente con él sobre asuntos hispanoamericanos, y de oír de sus labios las más optimistas palabras en cuanto al porvenir de la Educación en Colombia, y después—¿por qué no decirlo?—de reírle sus maravillosos cuentos, interrogamos al eximio *Maestro Rural* y *Judío Errante* de la Pedagogía, como él mismo se llamó en reciente reportaje, sobre el muy intenso y variado movimiento intelectual de la mujer en tierras de América.

—Realmente, nos dijo el Maestro, he podido constatar con verdadera fruición

el movimiento femenino en los países que visité. He hallado en todos ellos una notable elevación espiritual en la mujer moderna, elevación ésta adquirida por autoeducación, por anhelo espontáneo, pues casi todas ellas se han formado por su propio esfuerzo. Y mire Ud. algo muy particular: sin previo acuerdo, sin contacto entre una y otra nación, este movimiento enaltecido se ha originado en su mayor parte al rededor del niño. Salvar al niño, física, moral e intelectualmente pareció un programa trazado de antemano por un espíritu providencial. Es todo obra de la casualidad? Es la acción instintiva de la mujer que defiende la infancia. En Bogotá mismo como Ud. sabe actúan como cuarenta instituciones protectoras de niños, iniciadas y sostenidas por las señoras de nuestra alta sociedad, y tal vez Ud. no ignore que la gran fuerza de nuestro Gimnasio Moderno se le debe a las madres de nuestros alumnos. Han sido ellas la verdadera alma de nuestra institución. Para no citar sino un caso, le contaré a Ud. que hace dos años, cuando la gran crisis económica mundial amenazó la vida de nuestra obra, las señoras nos enviaron sus joyas para con ellas salvar nuestro ideal. La extraordinaria intuición de la mujer defiende siempre los intereses del espíritu, con la misma fuerza con que defiende los intereses de la especie. Ellas son todo abnegación, cuando nosotros los hombres en nuestros buenos momentos, apenas

llegamos a ser una extraña mezcla de cálculo y de abnegación. Lo que ocurre entre nosotros, a diferencia de lo que es ya manifiesto en otros países hispanoamericanos, es que nuestras mujeres apenas si se atreven todavía a asumir la responsabilidad de sus propias ideas. Por eso no vemos sus nombres sino muy rara vez consagrando las ideas que ellas inspiran.

En Medellín, sin embargo, las mujeres que tienen algo que decir han sido más audaces que las de la altiplanicie. Bastaría nombrar a doña Sofía Ospina de Navarro, doña Lorenza Quevedo de Cock, María Cano, Fita Uribe, Enriqueta Angulo, María Eastman, cuya bella labor literaria es ya justamente apreciada en todo el país. Y en materia de iniciativas sociales basta recordar la obra llevada a cabo por las dos gentilísimas Reinas doña Lucía Cock y doña Inés Greiffenstein, y por las dos Presidentas del Cuadro de Honor, señoritas Ana Jaramillo Angel y Cecilia López Restrepo, en quienes se suman los más hermosos atributos de la gracia y la inteligencia. Como usted ve no está, pues, mal Colombia en el movimiento cultural femenino que con tanto vigor se inicia en América.

—¿Qué instituciones le llamaron a usted más la atención en Sur América?

—El Club de Señoras de Santiago de Chile es en su género el más grande y el mejor de América. Lo preside con su extraordinaria cultura y sus exquisitas maneras, la señora doña Delia Matte de Izquierdo. Este Club es el centro principal de los conciertos y conferencias de Santiago. Por sus salones han desfilado renombradas personalidades de artistas, historiadores, literatos, hombres de ciencia.

En Buenos Aires existen dos importantísimas instituciones, modelo de orientación femenina: la Bibliote-

ca de Mujeres, que es algo más que una simple biblioteca, puesto que su actividad abarca todo un programa de formación para la juventud femenina, y el Club de Madres, institución menos conocida que la Biblioteca de Mujeres aun en el mismo Buenos Aires, y que sin embargo, realiza con la inspiración principal de una gran dama,—la esposa del notable educador doctor Ernesto Nelson—, una de las más bellas obras de que tenga yo conocimiento en bien de la salud del niño.

Aun en Bolivia, cuyas obras espirituales desconocemos casi por completo nosotros, existe un Ateneo femenino, presidido por otra distinguidísima dama, doña María Luisa Sánchez de Uriosti, hija del señor Sánchez Bustamante, maestro de la juventud y a donde converge todo el movimiento femenino de La Paz. Este Centro cuyo salón de conferencias tiene en su arreglo todo el sello delicado del alma de la mujer, ostenta como órgano de publicidad una excelente revista —*Eco Femenino*— en donde se encuentran magníficas producciones de las más inteligentes damas de Bolivia.

En Panamá, la señora Calvo, una distinguidísima dama, es Inspectora —óigalo bien— Inspectora General de Enseñanza, después de haber sido enviada por su Gobierno a Estados Unidos a perfeccionar sus estudios pedagógicos. Otra interesante mujer panameña, la señora Crespo, fue a Italia a estudiar el método Montessori que luego trajo e implantó con éxito indiscutible en la ciudad de Panamá.

En todos los países de nuestra América altas mentalidades femeninas honran el Continente. ¿Quiere Ud. que hablemos de una gran mujer completamente desconocida para los colombianos? Me refiero a Rosalina Coelho de Lisboa, una poetisa encantadora de veinticinco años de edad. Acaba de ganarse el primer premio con su libro de poesías *Rito pagano*, en un concurso en el cual tomaron parte más de setenta escritores. Es este su primer tomo de versos. En prosa tiene ya material listo para tres o cuatro volúmenes. Rosalina es aún desconocida en América porque ella no quiere escribir en español, no obstante conocerlo tan profundamente como el portugués. Conoce igualmente el inglés, el francés y el alemán. Y ha de saber Ud. que no ha salido nunca del Brasil. Su gran pasión es Shakespeare y en torno de esta gran figura toda la literatura inglesa. Escribe sin descanso, pues con su pluma sostiene a su familia. *Páginas de Eva*, es una de sus producciones más hondas y

más originales. Sobre temas triviales ha creado toda una serie de motivos filosóficos. Rosalina Coelho será dentro de poco conocida como una de las primeras escritoras de América, ya lo verá Ud. Como creo que no le será indiferente, mi querido amigo, le agregaré que Rosalina es una de las más bellas y sencillas mujeres que conocí en mi largo viaje. También esta poetisa orienta su pensamiento hacia los graves problemas de la Educación; regenta una cátedra en la Normal de Río de Janeiro y estudia continuamente la obra espiritual en que están empeñadas las mujeres de este Continente.

—Aun cuando le interrumpo el orden de su predilección, deseo doctor Nieto, que me hable lo más pronto posible de Juana de Ibarbourou, a quien como Ud. sabe todo colombiano admira.

—Con el mayor gusto, mi querido poeta, mas sin entrar a discutir nuestras predilecciones, porque podríamos estar de acuerdo y convertir esta amable conversación en un lance de honor... Juana de Ibarbourou, la excelsa y dulcísima poetisa es todo cordialidad y simpatía, para todo aquel que de paso por Montevideo va a presentarle el testimonio de su admiración. Y a la modesta casita donde ella vive en las afueras de la ciudad llegan todos los peregrinos del Arte.

—Y los de la pedagogía...

—Ciertamente. Juanita, como familiarmente le llaman sus paisanos, es también Profesora en la Normal y se dedica en la actualidad a escribir libros de lectura para niños y hacer juguetes bellísimos para teatro infantil. Lo que más encanta en Juanita es la armonía en toda su vida. El Capitán Ibarbourou, su esposo, un mozo gallardísimo, y su único hijo Julio César de diez años, forman con

ella una familia modelo de la más genuina amabilidad. Su labor literaria es tan conocida aquí que nada nuevo podré yo decir acerca de ella. López de Mesa, oyéndome hablar entusiasmado de la genial poetisa uruguaya, me decía en París: «Hasta Juana de Ibarbourou las mujeres escribieron como hombres.» La verdad es que esta mujer piensa en alta voz con todo el encanto y la fuerza de su sexo. Quizá la Ibarbourou nos visite algún día. Este es, según me lo decía, uno de sus más caros sueños.

—Como veo, doctor, que tiene Ud. material, no para un reportaje sino para un libro, y sé que algunas de sus más gratas impresiones las recibí en Chile, cuénteme algo acerca de la intelectualidad femenina de ese país.

—Bastantes cosas tendría que contarle de las mujeres de Chile. Le hablaré brevemente de algunas de ellas. En Santiago como usted sabe se reunió hace poco el último Congreso del Niño. Pues bien, la figura central de ese Congreso fué la doctora Cora Mayer, una muchacha encantadora, de gran consulta hoy en la capital de Chile, tipo nuevo de mujer, en quien la ciencia no ha matado su bella feminidad. Asocio siempre en mis recuerdos otra admirable dama: Amanda Labarca Hubertson, esposa del ex-Ministro de Instrucción, autora de ocho o diez libros sobre problemas sociales, pedagógicos y sobre literatura en general, Directora de uno de los más prestigiosos Liceos de Santiago, y ¡pásmese Ud.! Profesora de Filosofía en la Universidad Central, cátedra que obtuvo por concurso. Imposible olvidar entre las mujeres que dan prestigio a las letras chilenas a Roxane, seudónimo hecho célebre en todas las revistas y diarios de Suramérica. El nombre de esta cronista ágil y picaresca es Elvira Santa Cruz.

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

## Cervecería TRAUBE

se refiere a una em- singular en Costa experiencia la colo-

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo. Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLE.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

### FABRICA

#### CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

#### REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

#### SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

## José Enrique Rodó y sus críticos

(Pasa a la página 137)

Es una dama de la alta aristocracia y está separada de los suyos, quienes no transigen con su altiva independencia. Vive sola en una casa soñada y planeada por ella misma con planos originalísimos y caprichos de millonaria. El Presidente Alessandri, muy amigo de todas las intelectuales de su tierra, le confió a Roxane en el día de su destierro, sus dos perros favoritos. Cuando fui a visitarla me mostraba orgullosa y satisfecha los dos bellos animales que ciertamente no llevaban en aquella casa de refinado gusto, vida de perros...

¿Cómo no guardar recuerdo grato de las mujeres de Chile, si en la escuela que lleva el nombre de nuestra Patria, una de las Directoras ha compuesto un himno a Colombia, y nuestro propio Himno Nacional es allí tan conocido por maestras y alumnas como el himno de Chile?

—¿Y de la Mistral qué me dice Ud.?

—Gabriela Mistral ejerce—¿no lo cree Ud.?—la influencia femenina más honda en nuestra América, tanto en literatura como en pedagogía. Quedó como un gran vacío en mi viaje el no haber conocido personalmente a la Mistral—viajaba por Europa cuando yo estuve en Chile y regresaba a su Patria cuando llegué a Europa—pero con las frecuentes visitas que hice a su Liceo, en Santiago, pude darme cuenta exacta de lo que espiritualmente vale esta mujer como influencia educadora. Las maestras, las alumnas, el ambiente todo de aquella casa está impregnado del espíritu dulce y fuerte de su fundadora. Jamás la presencia de un ausente puede sentirse de una manera más viva de como se siente la presencia de aquella eximia maestra en su escuela. Todo allí es Gabriela Mistral. Hablando de la notable poetisa con la señora Delia Matte de Izquierdo, me decía: «Gabriela nos da a todos la impresión del árbol único a cuya sombra es siempre grato acercarse.» Yo no sé en verdad qué religiosa similitud viene al espíritu cuando se piensa en Gabriela Mistral y en Tagore... La función excelsa del poeta está más en sugerir que en enseñar. Lo mismo pudiéramos decir de la función primordial del maestro. Así, pues, un gran poeta convertido en maestro, resulta un ser casi irreal. Y Rabindranath y Gabriela tienen mucho de irreal.

Después que dejamos al Doctor Nieto Caballero, sentimos en el alma una nostalgia de frescura de agua campesina, porque eso es lo que se se siente conversando con este glorioso Maestro Rural que va por la vida sembrando el bien y repartiendo el pan de sus evangelios.

CIRO MENDIA

(Colombia, Medellín.)

armas, pueden suplir en el ser de las naciones, como no suplen en el individuo, la ausencia de este valor irreductible y soberano: ser algo propio, tener un carácter personal». Sabias palabras que terminan su labor, soberbiamente. La obra de Rodó ha sido así el mensaje esperado por el mundo hispanoamericano. Ella ha aportado con el más ferviente soplo de fe, las ideas más propicias. En el orden filosófico y estético, el cultivo del sentimiento de la belleza como base de la armonía individual y social; en el campo psicológico y ético, la persistencia de la educación como reguladora del desenvolvimiento indefinido del espíritu; en el dominio político, la unión moral y material de la América española, la reconstrucción de la «Magna Patria» de Bolívar, como único medio para salvar la personalidad nacional y escapar a la absorción angloamericana; en el terreno de las letras, en fin, la interpretación de las sugerencias de la raza y de la tierra como sola norma para crear una literatura autónoma. Empero, una parte de esta obra escrita para los hispanoamericanos, por la virtud de su elevación y de su forma perfecta, supera su propósito y alcanza una universalidad que la torna apropiada para todos los hombres, como lo ha reconocido el crítico angloamericano Isaac Goldberg quien hace votos porque *Motivos de Proteo* sea traducido al inglés. Los libros de Rodó han sido recibidos por la juventud de todo el continente, como evangelios, y, habiendo orientado toda una generación, han sido objeto de los más entusiásticos comentarios. Con ocasión de la muerte del gran escritor, numerosos críticos han publicado estudios sobre su obra, los más interesantes de los cuales son un libro de V. Pérez Petit, que contiene una biografía completa; un trabajo de Max Henríquez Ureña, que es una síntesis muy lograda; un folleto de Gonzalo Zaldumbide, rico de ideas y de vistas sobre el mundo hispanoamericano, y un artículo de Pedro Henríquez Ureña, que es tal vez el juicio más atinado que se haya escrito sobre esa obra. Pero en tanto que en vida de Rodó, sus comentadores no hicieron más que loarlo, ahora algunos se han permitido criticarlo seyeramente. El escritor peruano V. García Calderón ha sido el primero, creo, en poner reparos a su labor, en un folleto que no he recibido. Pero dada la nacionalidad de este crítico, cabe el preguntarse si, el hecho de que Rodó se haya declarado admirador de Chile, no habrá influido inconscientemente en su juicio. Gonzalo Zaldumbide, en su trabajo por ciertos lados elogioso, se detiene en precisar las influencias y sus limitaciones del gran escritor, niega a su obra la originalidad, a *Motivos de Proteo*, la eficacia, y critica su forma. Pero si Rodó, como por lo demás todos nuestros escritores de ayer, ha sufrido influencias; si ha encontrado inspiraciones en Renán, Guyau, Taine,

Bergson, Emerson, ha sabido modificarlas según su propia ideación y presentarlas en forma personalísima. Hablando de su concepto de la aristocracia intelectual, Francis de Miomandre en el bello estudio que le ha consagrado, reconoce que su punto de vista «constituye un progreso evidente sobre el de Renán, demasiado desdichado y sobre todo demasiado desesperado».

Cuanto a sus limitaciones ¿puede pedirse a los escritores que sean completos? Sus mismas deficiencias ¿no sirven para delimitar su personalidad? *Motivos de Proteo* es precisamente el libro más importante de Rodó porque aquí, al unir al principio bergsonianos de la evolución creadora «el ideal de una norma de acción para la vida», es donde se muestra más original, como lo ha hecho notar Pedro Henríquez Ureña.

En lo que respecta a su forma, en la cual la lengua más pura se enriquece de ciertos neologismos necesarios, ¿no es el mejor ejemplo de lo que ha de ser hoy la escritura hispanoamericana?

Un escritor de la España, este país que Rodó amó tan profundamente, Ramiro de Maeztu, ha censurado en una serie de artículos al autor de *Ariel*, no ya por lo que dijo, sino por lo que, en su opinión, no dijo: la necesidad del desarrollo material y de la voluntad del poder. Pero encarando nuestros problemas desde el punto de vista intelectual, Rodó debió necesariamente concretarse a las normas ideales, dejando a los economistas y a los políticos el cuidado de las cosas materiales, bien que sin olvidarlas sin embargo: en su primer libro se ocupa del desarrollo exterior de la sociedad y en un artículo del *Camino de Paros* dice que la grandeza material, «lejos de ser reprehensible», «es una energía necesaria que complementa las demás» y saluda el porvenir «en la plenitud de la fuerza, de la gloria y del poder». Pero un compatriota de Rodó, Alberto Zum Felde, ha sido quien lo ha atacado más rudamente. En un libro del cual me he ocupado ya, no sólo le niega toda originalidad y eficacia, sino que llega a decir que su obra constituye un «factor de decadencia». Pero es un hecho que Rodó ha mostrado el camino a todos nuestros mejores escritores actuales y que sus ideas (al menos su designio de unidad continental y su anhelo de una literatura autóctona) son el evangelio del movimiento literario que triunfa hoy en el continente: el Mundonovismo, como yo me complazco en llamarlo. Si algo prueban, pues, estas críticas es la vitalidad de la obra de José Enrique Rodó que, aunque en su mayor parte data ya de algunos años, sigue suscitando comentarios apasionados. El período de silencio que se sigue a la muerte de los grandes escritores, no ha llegado aún para Rodó y tal vez no llegará jamás: sus ideas centrales son la norma de la grandeza futura de la América española.

FRANCISCO CONTRERAS

## Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamerica

(Viene de la página 135)

sajona en el plano político. ¡Basta ya, por tanto, de ese latinismo ambiguo y exclusivista! ¡Basta ya de tolerar pasivamente esa merma de nuestro prestigio, esa desviación constante de los intereses intelectuales hispanoamericanos hacia Francia!

Frente a los excesos y errores del latinismo, frente al monopolio galo, frente a la gran imantación que ejerce París cerca de los intelectuales hispanoparlantes tratemos de polarizar su atención, reafirmando la valía de España y el nuevo estado de espíritu que aquí empieza a cristalizar en un hispanoamericanismo extraoficial y eficaz. Frente a la imantación desviada de París, señalemos en nuestra geografía espiritual a Madrid como el más certero punto meridiano, como la más auténtica línea de intersección entre América y España. Madrid: punto convergente del hispanoamericanismo equilibrado, no limitador, no coactivo, generoso y europeo, frente a París: reducto del *latinismo* estrecho, parcial, desdenoso de todo lo que no gire en torno a su eje. Madrid: o la comprensión leal—una vez desaparecidos los recelos nuestros, contenidas las indiscreciones americanas—y la fraternidad desinteresada, frente a París: o la acogida marginal y la lenta captación neutralizadora...

He ahí las profundas y esenciales diferencias de conducta que separan el latinismo y el panamericanismo del hispanoamericanismo. Mientras que los dos primeros significan, en términos generales pero exactos, el predominio de Francia o de los Estados Unidos, este último no representa la hegemonía de ningún pueblo de habla española, sino la igualdad de todos. Tanto en la esfera política y social, como en el plano estrictamente intelectual. ¿Qué vale más, que prefieren los jóvenes espíritus de Hispanoamérica? ¿Ser absorbidos bajo el hechizo de una fácil captación francesa, que llega hasta anular y neutralizar sus mejores virtudes nativas, dejándoles al margen de la auténtica vida nacional, o sentirse identificados con la atmósfera vital de España, que no rebaja y anula su personalidad, sino que más bien la exalta y potencia en sus mejores expresiones?

Pues ha llegado el momento de manifestar netamente nuestro criterio. No podemos ya contemplar indiferentemente esa constante captación latinista de las juventudes hispanoparlantes, ese cuantioso desfile de estudiantes, escritores y artistas hacia Francia e Italia, eligiendo tales países como centro de sus actividades, sin dignarse apenas tocar en un puerto español, o considerando, todo lo más, nuestro país como campo de turismo pintoresco. De ahí la necesidad urgente de proponer y exaltar a Madrid, como el meridiano intelectual de Hispanoamérica. A nuestro juicio, las nuevas generaciones de estudiantes e intelectuales debieran romper la corriente errónea de sus antepasados, apresurándose a penetrar

en la atmósfera intelectual de España, seguros de que aquí pueden hallar, no sólo una cordial acogida, sino hasta merecer una atención auténtica—más desinteresada y eficaz que la que encuentran, por ejemplo, en París, representada por media docena de hábiles aprovechadores del *latinismo*.

Que nuestro hispanoamericanismo, que el criterio de *La Gaceta Literaria*, en ese punto cardinal de vitalidad expansiva, es absolutamente puro y generoso y no implica hegemonía política o intelectual de ninguna clase, lo evidencia el hecho de que nosotros siempre hemos tendido a considerar el área intelectual americana como una prolongación del área española. Y esto, no por un propósito anexionista reprochable, sino por el deseo de borrar fronteras, de no establecer distingos, de agrupar bajo un mismo común denominador de consideración idéntica toda la producción intelectual en la misma lengua; por el deseo de anular diferencias valoradoras, juzgando con el mismo espíritu personas y obras de aquende y allende el Atlántico.

### Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

Goethé: <i>Memorias de mi vida</i> . 3 vols. ....	5.00
E. Dostoyevsky: <i>Los endemoniados</i> . 3 vols. ....	5.50
Pérez Serrano y González Posada: <i>Constituciones de Europa y América</i> , 2 vols. ....	15.00
Bulwer Litton: <i>Los últimos días de Pompeya</i> .....	2.00
Hugo de Barbajelata: <i>Una centuria literaria</i> . (Poetas y prosistas uruguayos). ....	7.00
Juan de Bonnefón: <i>El Cantar de los Cantares que trata de Salomón</i> .....	1.00
E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos) .....	2.00
Alberto Masferrer. <i>Ensayo sobre el Destino</i> .....	1.50
Leopardi: <i>Parini</i> .....	1.00
R. Tagore: <i>Ejemplos</i> .....	1.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i> .....	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y yo</i> .....	1.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i> .....	1.00
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta) .....	3.00
Esquilo: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta)	3.00
Homero: <i>La Iliada</i> (2 vols.) ..	5.00
Tagore: <i>Jardín de amor</i> ..	1.00
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón)	1.00
Savitri, episodio del <i>Mahabhárita</i> .....	1.00
Luis López de Mesa: <i>Iola</i> ..	1.00
Equivalencia: ₡ 4 = \$ 1. oro am.	

Esta nivelación de relaciones de países y culturas heterogéneas tiene más importancia y trascendencia, es más revolucionaria de lo que a primera vista parece. Pues presupone la rectificación de un estado de cosas y la instauración de un nuevo espíritu amistoso entre dos mundos fraternos. ¿Para qué engañarnos? Como somos jóvenes y a los jóvenes espíritus hispanoamericanos nos dirigimos, mejor que acudir a las habituales y diplomáticas perifrasis, es hablarnos con valentía y sin rebozos. Creemos que nuestros amigos de allende el Atlántico nos agradecerán un planteamiento sincero de esta vitalísima cuestión, que hoy sólo tenemos espacio para bosquejar. Pues bien, digámoslo claramente: hasta hace poco tiempo la producción intelectual hispanoamericana, no sólo era poco conocida entre nosotros—ya que ninguna publicación, antes de *La Gaceta Literaria*, recogía sus novedades al día—, sino que hasta sufría cierto descrédito. ¿A qué atribuir esto? Pues no a otra cosa, en gran parte, que a los efectos contraproducentes usados en el sector específicamente literario por los torpes excesos del hispanoamericanismo infausto, que ha venido prevaleciendo hasta hace poco. Banquetes y cachupinadas, tremolar de banderas, fuegos de artificio retórico y disparos de magnesio habían alejado a España—la España intelectual, más joven y exigente—de América, en sus valores contemporáneos, en vez de aproximarnoslos.

Además, ¿de qué ha servido tamaño estruendo verbalista, cuál ha sido, en el orden práctico, su utilidad inmediata, si nuestra exportación de libros y revistas a América es muy escasa, en proporción con las cifras que debiera alcanzar, si el libro español, en la mayor parte de Suramérica, no puede competir en precios con el libro francés e italiano; y si por otra parte, la reciprocidad no existe? Esto es, que sigue dándose el caso de no ser posible encontrar en las librerías españolas, más que, por azar, libros y revistas de América.

He ahí algunos de los puntos concretos cuya resolución es urgente. Si nuestra idea prevalece, si al terminar con el dañino latinismo, hacemos a Madrid meridiano de Hispanoamérica y atraemos hacia España intereses legítimos que nos corresponden, hoy desviados, habremos dado un paso definitivo para hacer real y positivo el leal acercamiento de Hispanoamérica, de sus hombres y de sus libros.

GUILLERMO DE TORRE

Madrid, 1927.

### Revista Parlamentaria de Cuba

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales, Cultura General y Defensa Racionalista

Director: JOSÉ CONANGLA

Apartado 973 - Habana, Cuba.

Suscripción anual: ... \$ 6.00 oro.

Suscríbese al REPERTORIO AMERICANO y recoméndelo a sus amigos.

# Impresiones de México

(Para el Repertorio Americano)

## Soldados mexicanos

A Gutiérrez Cruz, gran revolucionario  
y gran poeta.

Cuando en la aurora congelada  
se detuvo el tren  
y en la llanura solitaria  
los soldados hacían su poco de café,  
quedé admirado de cómo  
la más grata dulzura  
reflejaba más fiel en los rostros  
la indómita bravura.

No miente don Diego en sus muros,  
cuando pinta a estos hombres feroces,  
con semblantes humildes y oscuros  
y serenas miradas de dioses.

## Oh mi pueblo mexicano

Oh mi pueblo mexicano,  
admiro tu decisión!  
Tú cuando das la mano  
la das de todo corazón!

Todos te vimos de peregrino  
llamando siempre, tras el edén,  
hasta que viste real el destino  
sobre las planchas del henequén.

Oh mi pueblo mexicano,  
admiro tu decisión!  
Tú cuando das la mano  
la das de todo corazón!

Lo hiciste todo nuevo y fragante,  
bello y grandioso, hijo del Sol.  
Eras monstruoso y eras gigante:  
quedó perplejo todo español.

Oh mi pueblo mexicano,  
admiro tu decisión!  
Tú cuando das la mano  
la das de todo corazón!

Sufrir la afrenta todos te han visto  
de tus aliados, para su mal.  
Y es que tú eres tu propio Cristo,  
tu sola gloria, eso es fatal!

Oh mi pueblo mexicano  
admiro tu decisión!  
Tú cuando das la mano  
la das de todo corazón!

Todos te vimos en las calzadas  
previendo el triunfo del invasor.  
Y ahí quedaron despedazadas  
hasta las hijas del flechador!

Oh mi pueblo mexicano,  
admiro tu decisión!  
Tú cuando das la mano  
la das de todo corazón!

Y te hemos visto que en la conquista  
—oh, La Reforma!—se oscureció  
toda la tierra que estaba lista  
para los triunfos, y no triunfó!

Oh mi pueblo mexicano,  
admiro tu decisión!  
Tú cuando das la mano  
la das de todo corazón!

Y te hemos visto que con la historia  
se echó al olvido tu terquedad.  
La historia tiene mala memoria  
para las fuerzas de la Verdad.

Oh mi pueblo mexicano,  
admiro tu decisión!  
Tú cuando das la mano  
la das de todo corazón!

Y al fin te vemos vagar en torno,  
llamando siempre, tras el edén.  
En las tinieblas se vive el horno:  
mas el hornero vive también!

Oh mi pueblo mexicano,  
admiro tu decisión!  
Tú cuando das la mano  
la das de todo corazón!

Y las tinieblas no te comprenden.  
El Evangelio se ha de cumplir  
en los videntes que bien entienden  
que para el triunfo deben sufrir!

Oh mi pueblo mexicano,  
admiro tu decisión!  
Tú cuando das la mano  
la das de todo corazón!

Todo en el orbe se te hace adverso.  
(Cuento a la América tuya, también!)  
En algún punto del universo  
se encuentra el águila del henequén!

Oh mi pueblo mexicano,  
admiro tu decisión!  
Tú cuando das la mano  
la das de todo corazón!

RAFAEL ESTRADA

San José, Costa Rica, 1927.

En la Administración del REPERTORIO AMERICANO se venden los siguientes:

Arturo Capdevila: *América* . . . . . ₡ 4.00  
José Carlos Mariátegui: *La escena contemporánea* . . . . . 3.00  
Medardo Angel Silva: *Poesías escogidas* . . . . . 2.00

## Un estante de libros escogidos

José Vasconcelos: *Indología* . . . . . 5.00  
R. A. Arrieta: *Ariel corpóreo* . . . . . 4.00  
Vasconcelos, Unamuno, etc.: *París-América, N.º 1* . . . . . 3.00

A. Messer: *De Kant a Heggel* . . . . . 4.50  
Jespersen.—*La enseñanza de las lenguas extranjeras* . . . . . 3.00  
*Cuadernos Literarios*. Ediciones de Díez Canedo. Los 16 tomitos publicados . . . . . 16 25  
*Poema del Cid*. Texto y traducción. 2.00

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica